

Madrid 12 rs. el trimestre.

Redaccion, calle del Espejo, número 17,  
cuarto principal.

Provincias 15 rs. el trimestre.

En casa de los comisionados ó mediante  
libranzas.

# EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en  
la Biblioteca de Medicina y Museo cien-  
tífico, con la rebaja de un 10 por 100 de  
sus precios.

PERIÓDICO CONSAGRADO Á LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

## RESUMEN.

MADRID. Observaciones al discurso que en la sesion pública de apertura de la Real Academia de medicina de Madrid, leyó el doctor D. Pedro Mata.—HIDROLOGIA MÉDICA. Consideraciones sobre las causas del alivio y curacion de las enfermedades por el uso de las aguas minerales-medicinales; por D. José Garófalo y Sanchez.—ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICO-MÉDICOS.—REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.—VINDICACIÓN DE HIPÓCRATES Y DE SU SISTEMA.—Memoria presentada á la Real Academia de Medicina de Madrid, por el académico numerario doctor D. Tomás Santero, y leida en su sesion de 25 de febrero del año actual.—PRENSA MEDICA. MEDICINA. Vértigo estomacal.—CIRUGÍA. Flujo de sangre por el oído á consecuencia de violencias en la cabeza.—FISIOLÓGICA. Sangre venosa: nota sobre la coloracion roja de este líquido.—VARIEDADES.—No mas intrusos! Enfermedades reinantes en las salas de medicina del Hospital general de esta corte durante el mes de enero.—Almanaque médico del mes de marzo.—CRÓNICA.—VACANTES.—Socorro para un compañero ciego.—CORRESPONDENCIA.

## A NUESTROS SUSCRITORES.

Empeñados en ayudar cuanto permitan nuestras escasas fuerzas al triunfo de las doctrinas hipocráticas, tan récia, intempestiva y desacertadamente combatidas en el seno de la Academia de medicina de Madrid por uno de sus individuos, nos vemos precisados á retrasar la publicacion de varios notables escritos debidos á ilustrados y queridos profesores, aun cuando, sin reparar en gastos, aumentamos á menudo medio pliego al periódico, segun se vé en el presente número.

Creemos que en gracia del objeto disimularán la tardanza aquellos que esperan ver impresos sus escritos, y que los suscritores en general reconocerán que no escaseamos los medios de complacerlos, dando de paso importancia á El Siglo Médico.

Madrid 27 de Febrero de 1859.

## OBSERVACIONES

al discurso que en la sesion pública de apertura de la Real Academia de medicina de Madrid, leyó el Doctor D. PEDRO MATA (1).

13. El discurso del Sr. Mata está escrito con toda intencion, y su lucido entendimiento no dejó de comprender la importancia de su objeto. Quisiéramos detenernos en cada renglon, en cada frase, porque, como todo discurso bien meditado, aparece engalanado con esmerada habilidad. No quiere el Sr. Mata que la filosofía sirva á la política; pero entendámonos: ¿quiere ó no que su filosofía intervenga en la direccion de la sociedad, en la política y en las ciencias especiales, ó únicamente rechaza en todos los campos la filosofía que combate, para que quede sepultada en los libros, sin que pueda dirigir su voz á la humanidad? El siglo XVIII, que es el siglo del Sr. Mata, ese siglo de su filosofía, ¿no dirigió la política, no intervino en los grandes sucesos sociales, no dominó, por un tiempo, las escuelas con una omnipotencia lamentable? Por Dios: separémonos de este campo, en el que un monton de ruinas y multiplicadas lavas se conservan aún candentes. No queremos lidiar en este terreno, que jamás fué de nuestro gusto; porque no hemos admitido nunca que la medicina, en su majestuosa marcha, necesitara ser empujada por los sistemas filosóficos: acaso, acaso me atreveria á probar

todo lo contrario. Siento, pues, que el campo político es extraño á este objeto.

14. Unas cuantas líneas del discurso que nos ocupa, párrafo que comienza «Era de ver,» esas líneas son el epílogo de las intenciones de su autor. Pero dispénsenos le digamos que se equivoca miserablemente en suponer que las ideas de Platon, de Pitágoras y de Descartes llevaron la ciencia á su actual estado, ni que las doctrinas de Sthal, de Bordeu ni de Barthez, tienen esa influencia en la marcha de la medicina del día. Y si leyó el Sr. Mata con meditacion la «Ciencia del Hombre,» reconocerá más tendencias al materialismo que al espiritualismo, por más que, llevado del mejor deseo, se hubiese precipitado en la ontología. El vitalismo bien comprendido es la doctrina eterna, la doctrina única, porque la medicina no se ocupa de la muerte: es su campo la vida, la vida del hombre, que es objeto de la biología. Que se rechace, en buen hora, el vitalismo; pero que se nos diga cómo se estudia al hombre fisiológica y patológicamente considerado. ¿En el materialismo del cadáver, de las tumbas y de los osarios? ¿Se querrán aprender la ciencia de la vida y los arcanos de la existencia humana en las frias vísceras, á imitacion de los antiguos Aurispices, que veían, en las entrañas de las víctimas sacrificadas á sus ídolos, el horóscopo de la humanidad? ¿Se quiere el materialismo filosófico y fisiológico, que nos lleva á la negacion más ilógica que el hombre puede admitir? ¿Por qué no se evocan esas antiguas mómias de siglos pasados que lo proclamaron, ya que se evocan las que lo hicieron del espiritualismo? ¿No son acaso nombres autorizados, y merecen permanecer silenciosos en sus tumbas porque la humanidad no los respeta? Yo tambien los respetaré con el silencio. Sthal, Bordeu y Barthez han tenido elevadas miras anatómicas y fisiológicas, porque el vitalismo, el espiritualismo, el pneumatismo, el dinamismo, son grandes pensamientos providenciales que se reducen á una sola idea: *la vida en todo el reino orgánico, y en el hombre la vida y la inmortalidad*. El materialismo fisiológico tiene tambien sus grandes vistas y sus grandes consecuencias fisiológicas y sociales. *In omnibus respice finem*.

15. Se miran hoy las opiniones vitalistas, justamente de hombres eminentes del siglo XVIII, como reprobadas; pero quisiéramos que á su lado se ostentasen las doctrinas de los no vitalistas, no hipocráticos, con su sancion secular. No es el siglo XIX el que se cubre con el manto griego; ni las escuelas de hoy las que se ocultan avergonzadas entre las sombras de los sepulcros y de las ruinas. Ni necesitan invocar el nombre del que llama Foderé Patriarca de la medicina, para ostentar el brillo de su doctrina, que es la luz, polo opuesto efectivamente á la tenebrosidad del materialismo. Y es evidente, que si se comprendiera bien como se entiende el vitalismo de Barthez, y el de Hipócrates, y el de las grandes eminencias médicas, no se intentara poner la ciencia en gran ridículo. ¿Puede explicarse nada en fisiología sin recurrir á la vida? ¿Que no se confunda jamás el vitalismo fisiológico con el espiritualismo psicológico! Esto seria tanto como apagar una máléfica tea en las entrañas de la sociedad. *La falta de lógica y de espíritu analítico* que halla en las escuelas hipocráticas, la hallan estas en sus palabras. Comprendemos bien que el Sr. Mata no considere á Hipócrates como la verdadera representacion de estas escuelas, porque le considera empírico, y sin ideas exactas de la vida y de la

existencia fisiológica. Se engaña tambien en la apreciacion que hace de la doctrina de Hipócrates, que por una parte considera *materialista*, pero no lo sigue, y por la otra representando el papel de vitalista. Boerhave considera á Hipócrates como á un génio superior, igual á los dioses, y Lepelletier confiesa que entre todas las doctrinas conocidas, opta por la de Hipócrates; pero, ¿qué importa que esta sea la opinion de todos los grandes hombres de una época de veintitres siglos? Si los que tan hiperbólicamente proclaman el materialismo, reflexionáran acerca de los principios y de las consecuencias filosóficas de su ídolo, no pensarían en desenterrarlo, porque la humanidad le rechazaría y la ciencia se cubriera de lúgubre luto.

16. En medio de las bellezas que reconocemos en su estilo, el Sr. Mata se divierte de un modo muy original, llamando ya á la fábula, ya á la historia en provecho de la paráfrasis de una misma idea. Ya es el siglo XVI, con su Leon X, el que le presta su auxilio; ya coloca á su lado los fugaces triunfos de Paracelso y de Vanhelmont, sin notar que en nada se parecen los fugitivos de Constantinopla, que más bien representan una grande época de gloria para esos mismos siglos que él anatematiza, resucitando entonces los eternos nombres de Homero, de Sófoeles, de Platon y de Aristóteles, mientras que Paracelso ni obtuvo gloria ni proselitismo, á pesar de sus mentidas promesas de riqueza é inmortalidad. Pero nada debe extrañarse, porque nos hace la honra de suponernos privados de sentido comun, y por ello damos gracias al Sr. Mata, pues que tanto quiere decir el negarnos el sentido lógico y el espíritu analítico. No obstante, tenemos bastante razon para ser justos y no llamar al Sr. Mata *iconoclasta*, ya que rechaza este dictado, porque él tendrá su ídolo y respetamos sus creencias.

17. Pasados párrafos enteros de ese discurso sin hallar conceptos en qué fijarnos, pero admirando siempre la sorpresa con que se mira en el renombre secular de Hipócrates, le contestaríamos lo que decia Statio: *Cur sæva vice magna non senescunt*. No es esta la vez primera que se clama contra Hipócrates: él es, no sé por qué, el bú de las escuelas materialistas, y yo diria con razon ahora que es ilógico ese terror. «La materia, decia un gran médico de principios de este siglo, tiene hoy un funesto ascendiente, siguiendo los fisiologistas las sublimes concepciones de Holbach y de su escuela.» Si Hipócrates es empírico, si no tiene merecimientos para que su nombre se respete, si no tuvo antecedentes ni tradiciones para elevarse á tanta altura, si carece de experiencia propia, ¿por qué su nombre merece tan acalorada critica? Ese aforismo que rechazais, esas palabras tan meditadas, merecen la critica del empirismo: ellas llaman al estudio, llaman á la meditacion, y demuestran las grandes penalidades con que Hipócrates habia adquirido su ciencia y habia ganado su reputacion. ¿Qué tiene que ver nuestra adhesion, profundamente meditada, á las bases doctrinales de Hipócrates, con la veneracion respetuosa y santificada de hechos y personas, á las que nuestra religion rinde divino culto? Es odiosa esa comparacion, como ridicula la de las Magdalenas de Epidauro. Dejemos á un lado episodios que ni son conceptos ni razones.

18. En lo que se sigue á los párrafos indicados se intenta probar que Hipócrates, que floreció en el apogeo de la civilizacion griega, supo utilizarse de sus viajes, de sus maestros y de su experiencia; de las ideas de la escuela de Cnido,

(1) Véase el número anterior.



de la de Rhodas y de los grandes hombres de aquella época, y por lo mismo se deduce que ningún mérito tuvo, que fué un plagio. No seguiremos al Sr. Mata en la apreciación filosófica de aquellos tiempos, porque vémosle con gusto venerar aquellas antiguas mómias, que por lo visto no sepultó en el panteón el siglo XVIII: vemos con placer evocar nombres ilustres que no han perecido en el cataclismo tan celebrado del filosofismo material. La cuestión, pues, es ahora ya otra, y el campo muy diverso: la cuestión es de personaje, el campo no es de doctrina. Hipócrates representó toda una época, pero su saber era ajeno, y bajo este aspecto no comprendemos su gloria. Lo más que se le concede es talento; por lo demás todo es jónico, pitagórico ó socrático. Ya hemos dado un gran paso, porque ya tenemos á nuestro héroe hecho un filósofo, siquiera sea de la escuela de Tales, de Pitágoras ó de Platon: sabemos, pues, que Hipócrates unió la filosofía á la ciencia práctica, aun cuando su teoría fuese ajena, porque *no hay ciencia sin teoría*. De aquí van á surgir las pruebas de que fué *hipotético, sistemático y teórico*: luego no fué empírico. Hipócrates fué el primero que arrancó la ciencia de manos del filosofismo, para constituir la noble profesión que ejercemos. Victoriosa la medicina al salir de los templos para entregarse á los filósofos, era preciso darle la gran dignidad que merecía. En aquellos tiempos la palabra filósofo representaba también la dignidad de médico, pero era como un accesorio de poco valer. No reconocemos antes de Hipócrates mas que nombres oscuros que ejercían un ciego empirismo. La medicina, en la sucesión de los siglos, popular, tradicional, importante siempre y con una influencia poderosa, fué recojida por la aristocracia como un instrumento y por el teocratismo como un poder. Bajo todos estos aspectos el grande Hipócrates, al conocer su importancia, la erigió un altar en su corazón, y no viéndola bien parada tampoco bajo el dominio del filósofo, le erigió un templo en medio de la humanidad: su constancia, su grande idea le llevó al cabo de su pensamiento. Se utilizó de todos y de todo, y apareció la ciencia, y le dieron la mano los genios ilustres de aquella época, porque supo recopilar todo su saber. Hé aquí á Hipócrates. ¿Reconoce el Sr. Mata otros caminos para hacerse los grandes hombres? Por lo visto debemos humillarnos en vez de ennoblecernos por haber tenido grandes maestros, porque se nos decía que nada era nuestro, que todo era ajeno. Díganos por Dios el Sr. Mata, para aconsejárselo á nuestros discípulos, cuál es el camino del saber y el modo de instruirse; díganos por qué puerta se entra en las glorias de la vida y en las brillantes posiciones, si ni los grandes maestros, ni intensos estudios, ni la profunda contemplación del mundo y de los hombres, deben bastar ni servir para merecer una digna reputación. Pero dejemos ya esto, entremos en lo doctrinal.

19. Fué Hipócrates, según el Sr. Mata, forjador de hipótesis y del *cálido innato*. ¿Cuánto pudiéramos decir sobre esto! Esta idea no fué forjada por Hipócrates, porque tampoco queremos darle lo que no le pertenece, pues que demasiado tiene para su celebridad. Y le parece al Sr. Mata hipótesis forjada el *cálido innato*! Anteriormente á Hipócrates veía ya Tales, y muy especialmente Heráclito, el fuego como el primer principio de todas las cosas; y esta idea tuvo un justo proselitismo, representada ya en la antigüedad por la fábula en Prometeo. Hipócrates la modificó y reconoció el *calor innato* como una fuerza superior del organismo; agente que fué representado por muy diferentes nombres en muy diversas épocas, y que tiende á anunciar esta verdad evidente: *no hay vida sin calor*. Un principio imponderable, un agente invisible, un fluido circula en el reino de la vida, y ejerce un poder omnipotente sobre la perpetuidad de los seres, en su existencia, en su desarrollo, en su origen. *In furias ignesque ruunt, amor omnibus idem*. Ese calor anuncia la vida: la muerte tiene por carácter esa frialdad que caracteriza su extinción. Y el pneumatismo de Ateneo, como antes el fuego celeste de Heráclito y el Archeo de Vanhelmont, y el principio vital de Barthez, y los

fluidos de Mesmer, y el animismo de Stal, y el flogístico, y la electricidad, y los espíritus vitales, y el fluido nervioso, no son mas que ideas desquiciadas, algunas de ellas del *cálido innato*, y otras deducidas de la observación y de los hechos, que rechazan hasta cierto punto el materialismo de ciertas explicaciones. Y téngase presente que no pienso yo solo así, sino con gran número de fisiólogos y naturalistas. Idea superior que representa un gran concepto: *la vida no es la materia inerte: un principio de actividad anima á la materia: privesele de este principio y la materia orgánica muere*. ¿Quién es ese agente, se me preguntará? Cuestión es esta de grandes proporciones fisiológicas y no para tratada en este lugar; pero lo diremos en vindicación á Hipócrates: ese agente está en el universo, circula en él, existe en la naturaleza, y si alguno es capaz de representar esta actividad sorprendente es, á no dudarlo, el calor y la electricidad, modificados bajo la influencia de los organismos. No ha dicho, pues, Hipócrates un error que merezca el epíteto de forjador de hipótesis: oigamos á dos eminencias de nuestro siglo. «¿Quién osaría negar, dice el célebre Virey, que el calor y la luz no son el principal escitante de la vida? El calorico, la luz y la electricidad, que nos revelan mucha analogía entre sí, están dotados de una actividad y de una energía imponderables, y pueden ser capaces de producir el desarrollo de los vegetales y acaso la vida de los animales ó el fluido nervio, como lo sospechaba ya Newton. ¿Se conoce fácilmente que el frío ó la ausencia del calor es no solamente una causa de suspensión de la vida, sino más bien un principio de muerte para todos los seres vivos?» Así habla esta gran celebridad. Citemos ahora á Lavoisier: «La organización, el sentimiento, el movimiento espontáneo, la vida, no existen mas que en la superficie de la tierra y en los lugares espuestos á la luz. Se diría que la fábula de Prometeo era la expresión de una verdad filosófica que no se había escapado á los antiguos. Sin la luz la naturaleza estaría sin vida, porque estaría muerta é inanimada. Un Dios bienhechor, creando la luz ha repartido sobre la superficie de la tierra la organización y el sentimiento.» Comprenderemos ya que ese calor innato no es un disparate; y por lo que respecta á la cocción de los humores, veremos ese error muy luego con la misma lucidez.

J. Varela de Montes.

(Se continuará.)

## HIDROLOGIA MÉDICA.

Consideraciones sobre las causas del alivio y curación de las enfermedades por el uso de las aguas minero-medicinales naturales; por D. JOSÉ GARÓFALO Y SANCHEZ.

### §. II.—Estacion.

Es también un hecho puesto fuera de duda por la observación y la experiencia de los siglos, que las estaciones modifican todas las producciones de la naturaleza, y su misma sucesión imprime en ellas un sello especial de que también participa el hombre por los mismos motivos que dije, tratando de los climas: y no solo esto, sino que, tomando acaso el sabio Hipócrates la causa por el efecto, era tal la energía que concedía á estas vicisitudes periódicas, que de ellas hacía depender la igualdad ó desigualdad de los terrenos. «Ubinamque anni tempora, decía en su libro de aires, aguas y lugares, maximas et creberrimas mutationes faciunt, illic afferatissima et maxime inaequalis regio existit montesque plurimos et densos.» Y más adelante: «At ubi anni tempora non admodum variant illic ea regio maxime aequalis est.» Y tratando despues del hombre bajo este mismo concepto, añade: «Ad eundem vero modum se in hominibus habet, si quis animum advertat. Sunt enim quaedam naturae, montosis locis, sylvis, et aqua carentibus similes.»

De la misma manera producen las estaciones diferentes enfermedades, agravan y prolongan algunas; tales se tuercen y desvian de su más natural camino, y otras se alivian ó curan, lo

cual, no desmentido por la experiencia posterior, también lo dijo Hipócrates en diferentes pasajes, y principalmente en la sección 3.ª de los aforismos, donde se leen estas sentencias: «Mutationes anni temporum maxime pariunt morbos.» Más adelante: «Morborum alii ad alios bene aut male se habent, et aetates quaedam ad tempora, et regiones, et victus.» En otro lugar: «Autumnus tabidi malus.» Y finalmente: «Morbi autem quilibet fiunt quidem in quibuslibet anni temporibus; non nulli vero in quibusdam ipsorum potius et fiunt, et exacerbantur.»

Mucho pudiera aumentar la copia de estos conceptos, registrando los preciosos libros de epidemias del mismo autor insigne y las no menos atendibles obras de Areteo, Sydenham, Boerhave, Hoffman y Baglivio; pero creo que bastará con lo dicho para dar autoridad á la verdad de los hechos que refiero, é inducir por ellos que de la misma manera que la influencia de la variación de localidad puede oscurecer la razón de causalidad del fenómeno de curación de las aguas minerales, asimismo puede verificarse, y ciertamente se verifica, por la influencia de las variaciones de estación, de lo cual creo que debo sacar los siguientes principios:

1.º Puesto que las aguas minerales son frecuentadas generalisimamente en ciertas y determinadas estaciones, aquellas enfermedades que positivamente se sepa que se alivian ó curan en estas estaciones, es probable que sean curadas ó aliviadas por ellas, más que por la influencia de las aguas.

2.º Es probable que el alivio ó curación se deba á las aguas en aquellas enfermedades que no se dejan influir precisamente por el poder estacional.

3.º Es muy probable que sea la curación efecto de las aguas en aquellas enfermedades que se curan por ellas, durante la misma estación bajo cuya influencia se han desarrollado.

4.º Es probabilísimo que sean causas de curación las aguas minerales en aquellas enfermedades que se curen, tomando las aguas en la misma estación que positivamente las agrava.

### §. III.—Constitución médica general y local.

Los más célebres médicos se ocupan con marcada predilección de esas vicisitudes misteriosas que ocurren en el curso de los tiempos, las cuales hacen desarrollar colectivamente una misma enfermedad (lo cual se ha llamado más propiamente *constitución epidémica*), ó modificar la fisonomía, marcha y duración de las que afligen al hombre: y de tal manera es esto cierto, que juzgo de presurosa aquella ocasión en que nos encontremos fuera del imperio de alguna de esas vicisitudes que llamamos *constituciones médicas*. Ellas se suceden unas á otras, desarrollando sus peculiares efectos é influyendo favorable ó adversamente en las enfermedades que han precedido, no siendo raras las ocasiones en que puede advertirse entre ellas cierto antagonismo.

Es también muy notable la circunstancia de que estas constituciones suelen comprender grandes espacios, ó limitarse (lo cual es más frecuente) á ciertas comarcas ó localidades reducidas, con la advertencia de que es posible y sucede, que en tal ó cual población reina una constitución, que en otra no muy distante es diferente.

No sabemos el por qué de todas estas cosas, y en este punto, no obstante los muchos y admirables adelantos de la física meteorológica, aun tenemos que resignarnos á esclamar con el *sábio anciano*: «aliquid divinum est in aere.»

Llenos están los libros de Epidemias de este varón preclaro, y muy principalmente los de Sydenham, de estos hechos, para que yo me entretenga ahora, pecando de difuso, en trasladarlos; antes bien, pasando adelante, debo observar, que estas constituciones, por las razones dichas, pueden también introducir la confusión por lo tocante á la averiguación de la causa que produce la curación con las aguas minerales; advirtiéndome en este punto, que por el hecho de ser el de las constituciones médicas, estudio no muy cultivado, ni su materia fácil ni muy asequible, no tendrán los siguientes principios un



valor tan invariable y cierto, como los que se derivan de la localidad y estacion que antes me ocuparon. Estos principios son los siguientes:

1.º Si la causa de la invasion ó agravamiento de una enfermedad es evidentemente efecto de una constitucion médica, y mandando al enfermo á unas aguas minerales, se cura ó alivia prontamente, es probable que este resultado más sea debido á la influencia de la constitucion, que á la de las aguas, por dos razones: 1.ª por haber salido el enfermo de la esfera de actividad de la constitucion que le enfermó ó agravó; 2.ª por haberse disipado aquella constitucion y sustituido acaso por otra contraria.

2.º Aumentará la probabilidad en favor de las aguas en aquel caso, en el que el enfermo no tenga necesidad de variar de localidad constitucional para tomarlas, con el objeto de combatir una enfermedad ciertamente desarrollada ó agravada por una constitucion médica, por no tener lugar la primera razon del principio anterior.

3.º Si la enfermedad no es desarrollada ni agravada por la influencia de una constitucion, es probable que la curacion se deba á las aguas.

4.º Si dentro de una constitucion que ha desarrollado ó agravado una enfermedad, sin cesar la constitucion, se toman las aguas y se cura, es muy probable que sea la curacion efecto de las aguas.

5.º Si la enfermedad no ha sido contraida, ni agravada por la influencia de una constitucion médica, mandamos al enfermo á tomar las aguas: en la localidad en que estas se hallan, reina una constitucion capaz positivamente de desarrollar ó agravar aquella enfermedad, y el enfermo, no obstante, toma las aguas permaneciendo allí la temporada; si se cura, es probabilísimo que su curacion la deba á las aguas minerales.

§. IV.—*Circunstancias accidentales relativas al viaje, género de vida, paisaje, etc.*

Aunque todas estas cosas corresponden en rigor al régimen higiénico, por darles algunos autores mucha importancia, hago para ellas párrafo particular.

He visto alguna vez, y aun experimentado en mí mismo con cuidado, que un viaje, independientemente de muchas circunstancias ajenas á él, tiene por sí solo poder bastante, haciéndolo unas veces á caballo y otras en carruaje, segun convenga, para aliviar mucho y aun curar algunas enfermedades; y teniendo en consideracion estos casos, me determino á enunciar el siguiente principio:

Siempre que un viaje en carruaje ó á caballo pueda aliviar mucho ó curar una enfermedad, deberá tenerse muy en cuenta, para rebajar proporcionalmente el valor curativo de las aguas minerales en tales casos.

En cuanto al paisaje, meramente considerado, yo no dudo que su belleza pueda alegrar el ánimo, así como de igual manera el trato franco y jovial que entre los bañistas se establece; y que tales circunstancias pueden influir muy favorablemente en ciertos sujetos melancólicos accidentalmente, ya por la naturaleza de su posicion social y desgracias ajenas á cada profesion; ya por haber permanecido mucho tiempo desterrado de la patria nativa, cuyo aspecto tanto alegra; ya por la reclusion en castillos, cárceles y oscuros calabozos; ya despues de las muy largas y azarosas navegaciones: pero veo, por otra parte, que estas son, esceptuando la primera, circunstancias bastante raras, y por otro, que no siempre la melancolia del hombre es capaz de disiparse por el espectáculo de una agradable perspectiva, el cual, ciertamente, no siempre se encuentra en los establecimientos balnearios, ni tampoco el trato ameno de que tanto se habla, y considerando y pesando todas estas cosas, digo:

1.º Si toda la enfermedad del sujeto es una tristeza disipable por el espectáculo de un paisaje pintoresco y el ameno trato, y estas circunstancias concurren en el establecimiento de baños; es muy probable que la curacion se deba solamente á estas causas accesorias.

2.º Pero si esta tristeza (es lo mas frecuente) sólo es el síntoma de una enfermedad, general ó

local, que la produzca ella de suyo; si se cura es muy probable que sea por las aguas minerales. Pero si aun faltando esa enfermedad no se cura ni alivia semejante tristeza, no digamos—estas aguas son ineficaces—porque hay muchas tristezas que no se curan con paisajes, tertulias, bailes ni canciones; sino acaso muy al revés.

3.º Si hubiera en el paisaje y ameno trato belleza y bondad absolutas, de manera que tal ó cual paisaje ó trato hubiera de gustar á todos, sentaría este otro principio: si el paisaje de los baños, ni el trato de los bañistas son los que se apetecen, todos los buenos efectos serán debidos á las aguas minerales.

#### CAUSAS INTRÍNECAS.

##### §. V.—*Temperatura de las aguas.*

Existen aguas, no minerales, calientes.

Existen aguas minerales, calientes y frias.

Existen aguas minerales de composicion química análoga, calientes y frias.

Y esta es la materia de los hechos que pueden servir de base para investigar la parte de causalidad que la temperatura de las aguas puede tener en sus efectos medicinales.

Es indudable que el agua comun, tanto en baño caliente artificial, como en baño frio, produce efectos curativos de suma importancia; pero conocidas son por las reglas de la terapéutica comun las ocasiones y enfermedades en que con buen éxito pueden emplearse. Ciertas enfermedades crónicas que suelen ser victoriosamente combatidas con las aguas termales, no lo son seguramente por los baños calientes de agua comun; mientras que estos son muy útiles en ciertas enfermedades agudas que peligrosamente se tratarian por aguas termales. Sin embargo, la temperatura de un agua mineral favorece y ayuda la accion medicinal de sus factores terapéuticos por las leyes del calorico, aplicado á nuestra economía, y de aquí se sigue:

1.º Que la temperatura en estos casos no tiene ni puede tener una importancia absoluta y esclusiva en el fenómeno de curacion de las aguas minerales, sino relativa y accesoria.

Una misma enfermedad es curada casi igualmente por dos aguas minerales de composicion análoga; pero que de ellas, la una es caliente y la otra fria, de donde se infiere:

2.º Que la temperatura tampoco tiene en estos casos mas que una importancia accesoria y relativa, aunque grande en este sentido, y que es bueno usar con muchas precauciones y tino.

Pero á vueltas de estos hechos existe otro tambien de gran consideracion, cual es, el de curarse algunas enfermedades por el agua natural de fuentes termales, en las cuales la química no ha podido descubrir mineralizacion alguna, además de la que suele encontrarse en el agua comun; y habida consideracion, segun presumo, de todas las circunstancias que voy enumerando como capaces de oscurecer la verdadera causa del fenómeno de curacion de las aguas minerales, de donde se infiere:

3.º Que el calorico de las fuentes termales no es solo ó exactamente igual, al menos terapéuticamente, al que estudia el fisico, demostrándonos cada uno de estos extremos un hecho misterioso que la observacion clínica señala, para que las ciencias accesorias le disipen.

##### §. VI.—*Agua sola.*

Puesto que las aguas minerales se componen de agua comun, más las sustancias minerales y el calorico en las termales, así como no ha faltado quien dé al calorico más importancia de la que buenamente puede concederse en el fenómeno de curacion, tambien hay algunos que han atribuido estas curaciones en su mayor parte á las cantidades de agua absorbidas por las bebidas ó baños, con independencia de los principios mineralizadores. Esta idea, poderosamente apoyada por los hechos fisiológicos, que acreditan la importancia del agua en la naturaleza y en la salud del hombre; por los fenómenos curativos del uso del agua sola en baños y bebida, lo cual formó de antiguo en nuestra patria un sistema que despues se reprodujo en Graeffenberg, y por la circunstancia que se aduce de hallarse en tan es-

casa cantidad las materias minerales en muchas de las aguas de este nombre, ha llegado á adquirir cierta importancia. Sin embargo, sin quitarle la que tenga, segun tambien el modo y cantidad de administracion y aplicacion, bueno es conceder lo que de suyo pertenece á la mineralizacion y al calorico, pues la primera, aunque escasa, comparada con la inmensa cantidad de vehiculo, no es bueno perder de vista que es más activa, sin saber por qué, considerada en las aguas, que si los mismos principios minerales se administran en igual cantidad artificialmente: que hay enfermedades que indudablemente se curan por virtud de la accion de estos principios, so pena de negar absolutamente su accion terapéutica dentro y fuera de la hidrología, de cuyos particulares puede sacarse el siguiente principio, á saber:

La cantidad de agua ó de vehiculo absorbido, no tiene una importancia absoluta, sino relativa y parcial en el fenómeno de curacion de las aguas minerales.

J. Garófalo.

(Se continuará.)

#### ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICO-MÉDICOS (1).

##### ARTÍCULO III.

Siguiendo la descripcion de los libros de medicina que se encuentran en la biblioteca pública provincial de Cádiz, tocame hoy hablar de una obra del siglo xv, que figura en los catálogos entre las de autores extranjeros de aquella época, y con cuya descripcion terminaré la de todos los libros de medicina, con ediciones de dicho siglo, que existen en este establecimiento.

La edicion es de 1498, con hermosa letra gótica perfectamente impresa, y se titula del modo siguiente:

«Expositio Ugonis Senensis super libros regni Galieni.»

Dá principio la obra por una especie de prólogo, que empieza de esta manera:

«Et si videam illustrissime princeps Nicolae Estensis marchio librum que intitulant micro regni Galieni etc.» En él se estiende en probar la bondad de los libros de Galeno, así como la necesidad de aclarar algunos de los puntos dudosos que se encuentran en dicho autor, y su propósito de llevarlo á cabo.

Viene en seguida la esposicion del libro primero de Galeno, que llega hasta la foja 12, columna primera; aquí empieza el segundo, que ocupa hasta la columna primera del folio 66 vuelto, y continúa el tercero, que alcanza la columna primera del folio 93; terminando por estas palabras:

«Finit totum quo invenit ab Ugone scriptum super regni Gal. et Explicit utilissime et subtilis expositio clarissimi artium et medicinar doctoris D. magistri Ugonis Senensis super regni Galieni cum questionibus.»

Sigue la tabla de materias, que termina al mismo folio vuelto, y viene despues el lugar de su impresion, como es costumbre en casi todas las ediciones de aquel tiempo, en estos términos:

«Opus impressum Venetus: mandato et sumptibus nobilibus viri Domini Octaviani Scoti Civis modetensis. Undecimo kalendas Julias, 1498, per Bonetum Locatellum Bergomensem.»

Desde aquí, dá principio á otra paginacion; y detrás de esta portada: «Expositio Ugonis Senensis super aphorismos Hippocratis et super commentum Galieni eius interpretis,» sigue otra obrita, impresa de la misma manera que la anterior, de la que es una continuacion, como se deduce por algunas palabras del prólogo.

En esta obra, cuya lectura es muy agradable é instructiva, va el autor esponiendo uno á uno los aforismos del ilustre anciano de Coos, dividiendo algunos en varias partes, comentándolos con suma erudicion y analizando al fin de cada aforismo, los comentarios que Galeno escribió de ellos.

Divide en seis partes los aforismos, ocupando la primera que comprende 23 hasta la foja 38, columna primera, y la segunda en que hay 54, hasta la primera columna del folio 83. No comenta ni inserta la tercera parte de los aforismos, diciendo únicamente al terminar la segunda, estas cortas palabras: «Et sic est finis secunda particula. Tertia de se est clara.» Continúa la cuarta parte que consta de 84 aforismos, y llega hasta la segunda columna del folio 107; la quinta que tiene 72, y ocupa hasta la columna primera del folio 140 vuelto, en que empieza la sexta, que consta de 60, y dá fin en la columna primera del folio 159 con estas palabras:

«Explicit utilissima expositio clarissimi artium et medicinar doctoris D. magistri Ugonis Senensis super aphorismos Hippocratis et super commentum Galieni: cum suis questionibus.»

Sigue una tabla muy estensa, y termina la obra en la columna segunda del folio 159 vuelto, con el lugar y fecha de la impresion en estos términos:

«Finis.—Venetiis impressus mandato et sumptibus nobilibus viri Domini Octaviani Scoti Civis modetensis. Decio kalendas Junias, 1498, per Bonetum Locatellum Bergomensem.»

Es el todo un hermoso tomo en folio menor que está muy bien conservado, y cuya lectura agradaría mucho á

(1) Véanse los números 203 y 229.



«odos los que gustan de estas antigüedades tan venerables, no solo por sus lejanas fechas sino por los destellos de la imperecedera doctrina que en ellas brilla, si no fuese aquella bastante difícil por las innumerables y confusas abreviaturas de que se halla lleno todo el texto.—Este autor era italiano, como en la obra se espresa y como dice el Sr. Chinchilla en sus «Anales históricos de la medicina,» donde le dedica tres ó cuatro renglones. Si dicho señor hubiera visto esta obra, sería seguramente más lato, y también, con su buen talento analítico, describiría mejor este precioso libro que lo que mi insuficiencia me ha permitido hacerlo.

Paso ahora, continuando con el examen de las obras médicas del siglo xvi que existen en esta biblioteca, á tratar de las que se encuentran en los catálogos de autores extranjeros, pues en el artículo 2.º de estos estudios he procurado hacerlo de las de autores nacionales. Pero la primera que viene á mi vista es la obra de Dioscórides en griego, con su traducción latina al lado, hecha por un español, de quien no habla el Dr. Chinchilla en su citada obra, y de quien tampoco he encontrado aún noticias en ninguna otra, aunque mi precipitada salida de Cádiz me ha impedido continuar en mis investigaciones. Confío en que ellas podrán dar algún fruto, lo que tendré el gusto de comunicar á los lectores de este periódico en mi próximo artículo, que verá la luz pública tan luego como las eventualidades de mi carrera médico-naval me vuelvan á esta ciudad.

Empieza esta obra, que es un grueso tomo en folio mayor, con una portada en griego y latin concebida en estos términos:

«ΠΕΛΑΓΙΟΥ ΔΙΟΣΚΟΡΙΔΟΥ ΤΟΥ ΑΝΑΖΑΡΒΕΩΣ  
ΠΕΡΙ ὕλης ἰατρικῆς βιβλία.—Pedacii Dioscoridis Anazarbæi de re medica libri.—Interprete noJa Antonio Sarraceno Lugdunæo, Medico.—Apud herædes Andreæ Wecheli, Claudium Marnium, et Joannem Aubrium.—m. d. xviij.»

Signen seis poesías en elogio del traductor latino, y á continuación vienen varias curiosas notas, cuya traducción latina, aunque es un poco larga, inserto á continuación:

«De Dioscoride, ex Suida.  
«Dioscorides Anazarbæus Medicus, cognomento Phacas quasi lentiginosus, à lentiginibus ita dictus, quibus illius facies de honorebatur. Vixit cum Cleopatra Antonij temporibus. Scripsit libros medicos xxiii qui quidem omnes magnopere celebrantur.

«Ex Galeno, 6 de Simp. med. facultatibus.  
«Dioscorides Anazarbæus quinque libris utilem omnem materiam medicam absoluit, nec herbarum modò, sed et arborum, fructuum, succorum atque liquorum invenit, insuperque metallicorum omnium, et partium animalium. Et mihi quidem omnium perfectissime videtur medicamentorum materiam tractasse. Et si enim qui illum antecessere, de iis bene scripsisse reperiuntur, nemo tamen omnium æquè de omnibus.

«Ex 4, de comp. med. secundùm genera.  
«Diosc. medicinalis materiæ scriptorem nulli eorum qui in ea quasi arena desudarunt secundum esse quisquam dixerit.

«Ex priore de Antidotis libro.  
«Quamnam quacumque in regione medicamenta optima proveniant, cum Diosc. tum et alij verè scripserunt.

«Ibidem deinceps.  
«De omni medica materia Diosc. quinque libris satis superque scripsit, à quo tum alia dices tum et notas gustu olfactuque perceptas, quibus probatiora medicamenta certissime cognosci et ab improbatas discerni queant. In quibusdam verò et perceptas oculis qualitatibus reperias, quæ haud parum utilitatis afferunt.

«Rursusque paulò post.  
«Si quis tum à Diosc., tum ab alijs materiæ medicæ auctoribus tradita simplicium examina pensitaverit, suumque ipse ex multorum inspectione acquisitum indicium adhibuerit, exactè quæcumque discerni possunt internoscet. Quædam enim, uti dixi, vel nullatenus, vel non exactè ab adulterinis discerni queunt: usque adeò falsis vera sunt utrorumque confusa indicia.

«Galenus 1 de Antid.  
«Medicus ut stirpium omnium, si fieri potest, notitiam habeat suadeo: sui minus, plurimum saltum, et quarum frequentior usus est.

«Ex Oribasij med. Collect. lib. xv.  
«Simplicium medicamentorum, et facultatem quæ iis insunt, cognitio ita necessaria est, ut citra earum nemo rectè medicari queat. Nam et parata vulgo sunt, et facili quavis tempestate inveniuntur. Quin et eadem noticia perquam utilis est ad discernendas investigandasque compositum medicamentorum facultates, ac in universum quod artis est omnibus patefacit.

Después de esto sigue un índice alfabético de lo contenido en los cinco libros de materia médica, y de los capítulos de los que constan los libros de «Alexipharmacis» y «Theriakis,» empezando la página 1.ª con el libro primero que consta de 188 capítulos, y llega hasta la página 89. Trata Dioscórides en este libro, de los aromas, ungüentos, aceites y algunos otros productos del reino vegetal, como se declara por las siguientes palabras con que encabeza el libro segundo, y en las que también espresa de lo que en él habla:

«In priore, amantissime Aree, libro, quiquidem primos vest eorum quos de medicinali materia composuimus de aromatis, oleis, unguentis, arboribus, et nasutibus, nec eis lignoribus, lacrymis ac fructibus disserimus. In hoc autem secundo agemus de animantibus, melle, lacte, adipe, frugibus, insuperque de oleribus: hisque subnectemus quæ inter herbacea acri prædicta sunt facultate propterea quod cum ipsis cognationem habent: qualia sunt allia, cepæ, sinapi: idque ne congenorum vires disjunctantur.»

Tiene este segundo libro 217 capítulos y ocupa hasta la página 170. — En el principio del libro tercero, que llega hasta la página 243, y tiene 172 capítulos, dice las materias de que vá á tratar de esta manera: «...in hoc vero tertio de radicibus, succis, herbis et seminibus tum naturæ nostræ familiaribus, tum etiam medicamentosis disseremus.»

El cuarto está encabezado entre otras cosas de este modo: «...in hoc quarto de iis quæ restant herbis atque radicibus, disseremus.»—Consta este libro de 114 capítulos, y alcanza hasta la página 322, donde empieza el quinto y último, que contiene 183 capítulos, llega hasta la página 393, y espresa en su principio de lo que trata, con estas palabras: «...in hoc totus operis último, de vitis et iis quæ metalla dicuntur disseremus, à vitis tractatione ducto exordio.»

Dá aquí fin la materia médica, empezando el libro de Alexipharmacis con este título:  
«Pedacii Dioscoridis Anazarbæi liber de venenis, eorumdemque, præcautione ac medicatione.—Jano Antonio Sarraceno Lugdunæo interprete.»

Continúa con el prefacio, que empieza diciendo de lo que ha tratado en los anteriores, y de lo que se propone hablar en este. Para dar á conocer mejor de lo que se ocupa Dioscórides en este curioso libro, no puedo resistir á la tentación de copiar los títulos de los capítulos que comprende, aunque deje todo orden de consideraciones para cuando llegue á hablar de la traducción de esta misma obra al castellano, que hizo, acompañada de preciosos comentarios, nuestro inmortal Laguna y que también existe en esta biblioteca.

Los espresados títulos son estos:—«1.º De cantharidibus.—2.º De Pinorum crucis.—3.º De Buprestis.—4.º De Salamandra.—5.º De Ephemero.—6.º De Doryenio.—7.º De Aconito.—8.º De melle Heraclio.—9.º De Coriandro.—10.º De Psyllio.—11.º De Cicuta.—12.º De taxo.—13.º De Carpasi Succo.—14.º De Sardonis herba.—15.º De hyoscyamo.—16.º De mandrágora.—17.º De paveris liquore.—18.º De corniculato papavere.—19.º De Pharico.—20.º De toxico.—21.º De ixia.—22.º De cerussa.—23.º De Fungis.—24.º De Gipso.—25.º De taurino sanguine.—26.º De lacte intus coagulato.—27.º De Argenti spuma.—28.º De Argento vivo.—29.º De Calce, sandaracha et auripigmento.—30.º De lepore marino.—31.º De rubeta et ranapalustri.—32.º De hirudine.—33.º De veratro albo, thapsia elaterio et similibus.—34.º De aqua frigida et cæteris quæ itidem nobis do mestica et in quotidiano vitæ usu sunt.»

Termina este libro en la página 414, y empieza el de Theriakis encabezado de esta manera:

«Pedacii Dioscoridis Anazarbæi liber, de venenatis animalibus, et ab iisdem instinctorum vulnerum signis et curatione.»

En su prólogo dice entre otras cosas: «...Nam qui tractatus est de bestiis virus ejaculantibus Theriacus: qui verò de venenis, Alexipharmacus appellatur, etc.» con lo que deja explicado lo que entiende por la voz que dá nombre á este libro. Se ocupa en él de lo siguiente:—«1.º Signa rabiosi canis, eorumque qui ab eo demorsi fuerint.—2.º Morsus rabidis canis particularia remedia.—3.º De victis ratione demorsorum à cane rabioso.—4.º De phalangis.—5.º De Scolopendra.—6.º De Scorpione.—7.º De Pastinaca marina.—8.º De mure araneo.—9.º De vipera.—10.º De Scytale, et amphibæna.—11.º De Dryna.—12.º De hæmorrhos.—13.º De Dipsade.—14.º De natrice.—15.º De Cenchro.—16.º De ceraste.—17.º De aspid.—18.º De Basilisco seu regulo.—19.º Communis vulnerum à venenatis animalibus inflictorum curatio.—20.º Curatio à vespis, et apibus morsorum.—21.º Curatio à phalangis morsorum.—22.º De Scolopendræ morsu.—23.º De Scorpionis ictu.—24.º De Pastinacæ marinæ ictu.—25.º De marinorum scorpi Draconisque ictibus.—26.º De muris aranei morsu.—27.º De vipæræ morsu.—28.º De Amphibænæ morsu.—29.º De morsu Dryni.—30.º De morsu tum hæmorrhoi, tum etiam dipsadis.—31.º De morsu natrice.—32.º De cenchridii morsu.—33.º De morsu cerastæ.—34.º De morsu aspidis.—35.º De basilisci morsu.»

Dá fin en la página 440, en la que empiezan unas notas bajo estas palabras:

«J. A. Sarracenus lectori S.—inter Dioscoridis verba hæ in quibusdam codicibus falso adscripta reperiuntur.»

Ocupan hasta la página 479.  
Hasta aquí vemos el texto de Dioscórides en griego con su traducción latina al lado; ahora empieza una nueva paginación é impresión en latin solo, y en la que el traductor analiza capítulo por capítulo todo lo que ha acabado de dar traducido. El título de su trabajo es este:

«J. A. Sarrac. Lugdunæi scholia in Diosc. de mater. med. libros V et eiusdem de venenis lib. II.—In quibus variæ codicum variorum lectiones examinantur, diversæ de medica materia seu priscorum seu etiam recentiorum sententiæ proponuntur, ac interdum conciliantur: ipsius denique auctoris corruptiora, obscuriora, difficultioraque loca restituuntur, illustrantur, et explicantur.»

Ocupan estos notables comentarios 143 páginas de lectura, agradable por muchos conceptos.

Sigue otra paginación y una dedicatoria del libro que sigue, dirigida al «Eximio viro et amico integerrimo, D. Jo. Saportæ, regio apud mompelienses medicinæ professori.»

Después un curioso índice muy largo y circunstanciado, y al fin el título del libro siguiente con el texto griego y su traducción latina junto, en la misma forma que los de materia médica:

«Pedacii Dioscoridis Anazarbæi, de facile parabilibus tam simplicibus quam compositis medicamentis, ad Andromachum, liber prior.»

Daré á continuación los nombres de los capítulos de que consta esta obra. Solo de esta manera, aunque se alargue algo este artículo, podría dar cuenta, siempre ligerísima, de lo que abrazan estos venerables trabajos, que podrían llamarse verdaderamente enciclopédicos.

«Prefatio.—Parabilia capitis affectuum remedia.—1.º Oculorum affectuum remedia.—2.º Aurium male affectuum remedia.—3.º Dentium et gingivarum remedia.—4.º Ad reliquos oris fauciumque affectus remedia.—5.º Ad pilorum affectus remedia.—6.º Cutis in capite reliquoque corpore vitiorum remedia.—7.º Remedia ad mammarum affectus.—8.º Remedia ad testium affectus.—9.º Variorum tumorem præternaturam, vulnorum, ulcerumque remedia.—10.º Sedis affectuum remedia.—11.º Ad nervorum articulorumque affectus remedia.»

«Pedacii Diosc. Anazarbæi, de facile parabilibus simplicibusque medicamentis, liber posterior.—Prefatiuncula.—Ad stomachi et hypochondriorum affectus remedia.—1.º Febreicantium remedia.—2.º Pulmonis thoracisque affectuum remedia.—3.º Ad intestinum affectus remedia.—4.º Hepatis ac splenis affectuum remedia.—5.º Ad lumbricos remedia.—6.º Ad uteri reliquorumque genitalium membrorum affectus remedia.—7.º Renum ævesicæ vitiorum remedia.—8.º Theriaca, hoc est, contramorsus ictusque venenatos auxilia.—9.º Alexipharmaca, hoc est, venenorum assumptorum remedia. Epilogus.»

Ocupan estos libros 123 páginas, y desde la 126 empiezan unas notas ó comentarios á ellos del traductor, que llegan hasta la 133, en la misma forma que los que escribió á la materia médica, con lo que termina el notable volumen que examino.

Desde la fecha de mi último artículo se ha aumentado esta biblioteca con la rica colección de libros que le legó en su testamento el ilustre patricio gaditano y sabio bibliófilo Excmo. Sr. D. José Manuel Vadillo. Consta de unos 8,000 volúmenes de obras escogidas, la mayor parte de mérito notable, los que unidos á los 20,000 de que ya constaba este establecimiento, lo elevan á la categoría de la mejor de las bibliotecas provinciales de España. Ignoro las obras médicas ó de sus ciencias auxiliares que puedan contarse entre dicho considerable número de libros, pues obstáculos que no deberían seguramente existir, y que el vivo celo del señor bibliotecario no ha logrado aun vencer, han impedido hasta ahora la colocación de ellos en el local que piensa destinarles.

Cádiz 19 de noviembre de 1838.

J. de Erostarbe.

## REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

El miércoles 23, como se había anunciado, celebró esta corporación la primera de sus sesiones literarias públicas, que tuvo principio á las tres y media de la tarde bajo la presidencia del Sr. D. LUIS MARTINEZ LEGANÉS.

No se leyó acta alguna, porque siendo la primera sesión de este género, no habia acta anterior que pudiera aprobarse.

El señor secretario NIETO Y SERRANO dió cuenta de varias comunicaciones, y en seguida leyó el sócio de número Dr. D. Tomás Santero la Memoria que insertamos á continuación.

Terminada la lectura empezó á hablar en contra el Sr. D. PEDRO MATA, quien proseguirá su discurso en la sesión pública.

## VINDICACION DE HIPOCRATES Y DE SU SISTEMA.

Memoria presentada á la Real Academia de Medicina de Madrid, por el académico numerario Dr. D. Tomás Santero, y leida en su sesión de 23 de febrero del año actual.

Un compromiso de consecuencia con los principios de cuya verdad tengo arraigada convicción; el deseo de contrarrestar los efectos que haya producido en el ánimo impresionable de la juventud, aun no aleccionada por la sabia experiencia, el discurso presentado en la apertura del actual año académico, por el digno individuo á quien tocó por turno hacer los honores de esta festividad anual; la deferencia que obligaba á aceptar el reto que el autor de la indicada Memoria hizo en público en ella, á todos los hipocráticos que corresponden casi en totalidad á esta ilustre y antigua Academia; y el deber en que se halla tan respetable corporación de defender la doctrina fundamental que siempre ha profesado, han sido los móviles poderosos que me han inducido á ofrecer á su ilustrada consideración el siguiente trabajo, que, sin otra pretension que la de sostener los fundamentos de la verdad médica, tiene la honra de someter á su esclarecido juicio, el menos apto para el objeto, pero el más obligado á ello por circunstancias especiales conocidas de los señores académicos.

Perdonad, señores, si no consigo interpretar, como quisiera, vuestras luminosas ideas y satisfacer vuestros deseos, porque es difícil llenar la honda medida de vuestra profunda sabiduría; pero admitid con benevolencia la sana intencion de mi propósito.

Pláceme, por cierto, que asunto de tal importancia se haya presentado al empezar la Academia el nuevo período que abre en su historia, de tareas más amplias y públicas que de há mucho tiempo han ocupado incesantemente su ilustrada atencion: pues es conforme á la lógica comenzar por los principios, de cuyo modo se deslindan los terrenos, se determina la clave en que han de estribar los fundamentos que se establezcan, y el resultado de los trabajos tendrá la uniformidad que dá firmeza, y la armonía que satisface á la razon filosófica.



No ha faltado, pues, tino en la elección de materia: ojalá que, al tratarla, hubiera ocupado la severa justicia el lugar que inconsideradamente dejó tomar a la crítica apasionada!

Si alguno considerase que el asunto es estéril para provechoso pábulo de las sesiones de esta ilustrada Academia, no podré menos de advertirle la inexactitud de su juicio; pues nada hay más importante para la práctica de las ciencias que la determinación de principios, de los cuales tienen forzosamente que derivar las reglas que producen los ventajosos resultados de su útil aplicación. O ha de quedar esta entregada al azar, al capricho, a la rutina vergonzante, ó ha de ser conducida por una serie de prescripciones claras y emanadas de máximas fundamentales; de cuya certeza pende, por lo mismo, la eficacia ó la inseguridad de sus graves resultados, el bien ó el mal de sus necesarias prescripciones.

Dedíquese, en buen hora, el talento analítico a la prolija descomposición de los más pequeños detalles, y ocúpense las corporaciones sabias de apreciar las consecuencias deducidas en afanosas investigaciones que aseguren verdades reconocidas ó abran nuevas vías para aumentar su número; mas no olvidemos que las ciencias, sin abdicar su dignidad, su importancia y su porvenir, no pueden abandonar los principios que las constituyen y representan.

Después de esta breve introducción que explica el motivo de mi trabajo, paso a ocuparme del importante asunto a que se refiere, que ha producido honda sensación en este ilustre cuerpo literario, y perturbación en los ánimos de los profesores: advirtiendo de antemano, que no considero el respetuoso recinto de la Academia como palenque de torneo, campo de desagrazios ni circo de gladiadores, en que haya de esperarse encarnizada lucha y espectáculo de víctimas ensangrentadas; no, que es más elevado y digno el carácter que representa este augusto templo de la ciencia, donde se enfrían y condensan los fuegos de la imaginación exaltada, para precipitar con las cenizas el valor de las ideas que han de estrarse, aquilatado en el crisol de prudente y analítica discusión.

No se espere, por lo tanto, de mi discurso una polémica ardiente como la provocada por el autor del que la promueve, ni una serie de réplicas fogosas é inoportunas a todas y cada una de las aventuradas proposiciones que ha sentado. Al espíritu y conclusiones de tal Memoria, contesto con la presente, en que me propongo demostrar:

«Que Hipócrates se hizo digno del gran respeto que le han tributado las generaciones que le siguieron hasta la actual, hallándose en sus inmortales obras el más sólido cimiento para la ciencia; y que la restauración hipocrática que se manifiesta en la época presente, es necesaria para sacarla del caos a que los nuevos sistemas la han conducido.»

La fama, señores, a la manera del fuego, por deslumbradora que sea en el momento, es a veces tan fugaz, que apenas deja rastro de su brillo en la misma localidad en que brotara; adquiriendo en otras ocasiones fomento tan graduado, que atraviesa siglos, espacios y generaciones, sin menguar sus penetrantes destellos. Llamadas hay que deslumbran y se amortiguan apenas hicieron su primer efecto; y llamas que no se extinguen a pesar de los cuerpos refractarios con que se pretende sofocarlas: es que el combustible de aquellas tiene poca densidad, y es más tenaz la materia en que se iniciara la combustión de que las últimas se formaran. Glorias hay tan efímeras como la luz del relámpago, y otras tan permanentes como el eterno brillar de las estrellas. Si conocer queréis la causa de este hecho que perpetúa el recuerdo de los hombres, la historia os lo demostrará. Buscad en ella los nombres que arrastraron en un tiempo la atención de la muchedumbre y arrebataron sus aplausos, no sonando ya ni el eco lejano que os los haga conocer, y hallaréis que los merecimientos de aquella gloria fugaz eran tan inseguros como los bancos de arena, tan poco valederos como la escoria de una fundición; pero ved el origen que tuviera el crédito acrisolado en la sucesión de los tiempos por algún genio inmortal, y la compañera de los siglos os demostrará, en sus páginas indelebiles, grabadas con el fiel de la justicia, las útiles invenciones, los grandes descubrimientos, las obras importantes de donde brotaron las hojas inmarcesibles de la fresca corona que os admira.

El entusiasmo que ofusca, la pasión que ciega, la falta de sentido que deja al ánimo deslumbrarse por un saber falso pero ostentoso, conceden fácilmente inmerecido crédito a los hombres en todos los tiempos y países; mas la posteridad, sobre la cual no pueden ya ejercer su fascinador influjo las circunstancias pasadas, abre su juicio inexorable a las reputaciones venidas de edades que trascurrieron, y hunde en el menosprecio ó el olvido a las que fueran sin razón enaltecidas, ó graba en el duro bronce las de verdaderos géneos que remontaron su vuelo a la alta esfera de las grandes concepciones. Felices los mortales cuya vida terrenal deja trasunto imperecedero por el fallo de la humanidad, apreciadora de su gran virtud ó sus talentos; que para ellos la muerte es, en verdad, un sueño placentero.

Hállase en este caso la imperecedera memoria del venerable fundador de la ciencia que profesamos.

La fama del más frondoso vástago que produjo la noble genealogía de Esculapio, para eterno renombre de la escuela de Coo, se eleva magestuosa a la inmortalidad desde un sepulcro de Larisa; se esparce por la más elevada zona de la culta Grecia y de la misma

Aleandria; pasa a llenar los espaciosos ámbitos de la poderosa Roma; se extiende en alas del esplendoroso genio de Pérgamo por los dominios de los árabes; adquiere mayor vuelo al renacer las letras y las ciencias en la Europa, que toma después el cetro de la ilustración, atravesando desde Salerno hasta los últimos confines occidentales; y en el trascurso de uno y otro siglo, de una y otra nacionalidad, es acogida con profundo respeto por miles de generaciones, razas y pueblos; sirviendo de divisa a los verdaderos creyentes de la certidumbre médica, de estrella polar a los prácticos más autorizados, de enseña de salvación en las borrascosas épocas de trastorno y confusión porque la ciencia, como todas, ha pasado.

En vano el atomista Asclepiades de Bithynia y el charlatán Thésalo de Tralles la deprimen, condenando su verdadero sistema y ridiculizando la fundada prudencia de su espectación en la terapéutica; en valde ultraja su respetable memoria, con bochornoso ludibrio, el insensato Paracelso, con la quema pública de las obras de Galeno y de Avicena; inútilmente, por fin, se levantan soberbios contra su reconocida autoridad los ilusos Hanhemann y Rassori, con otros, antiguos y modernos, de menor realce en la tradición histórica; la gloria de Hipócrates permanece viva como el fuego en el templo de las Vestales; fresca como la hoja del laurel al ardor abrasador del sol de estío; firme como la granítica roca entre las enfurecidas olas agitadas en los trastornos equinocciales. Los nombres de sus más empuñados impugnadores figuran en la historia como ejemplo de los estravios en que incurre la razón humana, sirviéndonos de saludable aviso para precavernos de los errores; mientras el del venerable isleño se repite de una en otra por todas las generaciones, como emblema de la certidumbre y del verdadero progreso médico.

La opinión de Hipócrates, notable ya entre sus contemporáneos, como se deduce de textos que los críticos han hallado en Platon y en Aristóteles, tan próximos a su era, y del esplicito de Aristóteles en su *política*, donde espresamente le menciona con el renombre de *Grande*, se sostuvo después por los mismos alejandrinos, que comentaron sus obras, sirviendo de unión entre los antiguos tiempos y los posteriores. Galeno la restablece en su esplendor con la pujanza de su genio, al impugnar a los empiricos, melódicos, pneumáticos, eclecticos y escépticos de su tiempo, y fundir, en el fuerte crisol de su sistema, el vasto y ordenado eclecticismo que había de dominar por tantos siglos. Los eruditos del renacimiento le encumbran a su más alto apogeo, afanándose por distinguir, espurgar y gloriar sus legítimos escritos; y desde entonces han formado la brillante corona de su moderna gloria, las mayores reputaciones prácticas que en los anales de la ciencia se conservan. Fernelio, Baillou, Vallés, Mercado, Sydenham, Boerhave, Baglivio, Pedro Miguel de Heredia, Solano de Luque, Van-swiellen, Hoffmann, Huxham, Barthez, Sauvages, Zimmermann, Stoll, Frank, Hufeland, Piquer, Pinel, Hernandez Morejon y otros contemporáneos, ofrecen con sus esclarecidos nombres el testimonio glorioso que ensalza el del ilustre asclepiadeo, cuya fama inútilmente se quiere oscurecer, porque la fuerza de los rayos que del disco solar emanan, desvanecen las nieblas que estorban el paso a su claridad.

¿Este hecho que está reconocido, probará acaso en la dilatada familia médica un torpe fanatismo que raye en idolatría? ¿Será que el buen sentido haya abandonado a los médicos de tantas edades y países, y precisamente a los más respetables por la bondad de su práctica, trabajos clínicos y preceptos, hasta el punto de pagar tributo inmerecido a un sistema que carezca de espíritu filosófico y se funde en la falacia en vez de la verdad?

Paréceme que sería atrevimiento sobrado, y no muy cuerdo, el juzgar de tal modo la opinión unánime de los doctos en larga serie de experimentados siglos: cuando la generalidad aprecia, con criterio para ello, algún valor en las cosas, no hay duda de que la tienen, ó la humanidad perdió el tino.

Una secta, un pueblo, una generación, hasta un siglo, pueden levantar el prestigio de un hombre por la fascinación que ejerzan sus palabras, por el halago que en sus creencias, sentimientos y aspiraciones puedan producir sus obras; pero, ¿qué reputación que no esté acrisolada en la legítima bondad de sus merecimientos, resiste la dura prueba del tiempo con su creciente experiencia, del criterio secular con su ilustrada madurez?

A Hipócrates no le han divinizado las generaciones médicas, porque el saber aborrece la idolatría; porque el fanatismo es enemigo de la razón y de la verdad. Pero le han guardado con perseverancia el gran respeto que se merece como autoridad, por haber echado los cimientos de la ciencia sobre terreno inmóvil; por haber enseñado a la posteridad el camino que conduce al claro campo de la certidumbre, que él encontró felizmente porque la buscó sin prevención; y por haber, en fin, consignado en sus escritos, principios tan eternos como la misma verdad que representan.

Y no hay que alucinarse hasta el punto de querer hallar en sus obras inapreciables, para amenguar su mérito, los conocimientos analíticos que en veintitres siglos sucesivos se han adquirido después, elevando con ellos la cúspide de la pirámide, según la bella comparación del célebre Canciller, cuya ancha base él cimentara: pretender que en la Colección hipocrática habíamos de encontrar los detalles de la actual anatomía, ni las aplicaciones de nuestra ilustrada fisiología, ni el arsenal de nuestras ricas farmacologías, ni los recargados cuadros de las nosografías de nuestra época, sería tan raro como pedir al niño la reflexión

del adulto; como exigir los frutos sazonados al árbol recién plantado, como esperar con la lente el foco solar en el crepúsculo de la mañana. Se olvidaría, señores, un fecundo principio de la filosofía de la historia, citado por el erudito crítico Sr. Litré: «que nada hay en las ciencias, como en las demás cosas, que sea un producto espontáneo llegado a término sin preparación, ni madurado sin auxilios.» Acerquémonos al origen del lejano manantial de donde mansamente brota el río que, al acercarse al mar, es turbio y caudaloso, y podremos apreciar la pureza de sus aguas nativas: descendamos a los profundos cimientos de un gallardo edificio, cuya inseguridad se teme, y por ellos podremos calcular la solidez que en sí tenga.

Por grande que sea la importancia, que estamos lejos de desconocer, de las modernas investigaciones anatómicas, microscópicas, químicas y experimentales sobre animales vivos, ¿servirían de mucho si el conjunto de sus diversos detalles no fuera armonizado en una síntesis filosófica, que, apreciando su verdadera utilidad y certidumbre y comparándolos con la observación clínica, no los uniera por relaciones naturales en un fondo de doctrina en que todos vinieran a convergir? Pues si Hipócrates dió la clave para la formación de esta gran síntesis; si abrió el camino para los descubrimientos que las edades posteriores deberían hacer; si dió el criterio que hubiera de servir como de piedra de toque para distinguir en ellos la verdad de la engañosa experiencia; si, fijó, por último, la base inalterable de la certidumbre médica, y dió a la medicina el carácter de ciencia que en tal concepto habría de corresponderla, nadie osará, sin insigne ingratitud, arrancar de sus venerables sienes el inmarcesible lauro de fundador con que la posteridad le ha honrado.

A nadie ocurre tampoco suponer que este sábio hubiese de haber inventado todos los conocimientos médicos que poseía, cuando el instinto de conservación nos advierte, y el mismo Hipócrates nos enseña en su libro de la *Medicina antigua*, que esta es contemporánea del hombre, desde que se vió sometido a todo género de males. La Providencia divina que le dotó de razón y de conciencia, para moderar y resistir los nocivos ataques de sus apetitos carnales, penetró también su economía, como la de todos los demás seres que tienen sensibilidad y movimiento espontáneo, de un profundo amor a la vida, que le indujera, sin percibirlo, a huir de los peligros que la amenazaran y a buscar los medios de conservarla. Si, pues, la medicina nació del instinto mismo del hombre, debiendo ser perfeccionada en la serie de los tiempos con la experiencia y la razón, ¿mal podría haber quien pudiera figurarse que hubiese tenido origen de un hombre solo, después de tantas generaciones y de tantos siglos de observación y de estudio. Mas es lo cierto, que de época anterior a la suya, ni en aquella en que él floreció, quedó obra alguna que, apreciada por sus contemporáneos ó inmediatos sucesores, pudiera disputar la preferencia a las del ilustre Asclepiade; y siendo las suyas las primeras que la antigüedad nos ha legado, con el fiel depósito de los principios fundamentales que dan a la medicina el carácter de ciencia de observación, no puede privarse a su esclarecido autor del renombre que le distingue.

El recibió, sin género alguno de duda, la rica herencia de la observación de los Asclepiones, y sobre todo del de Coo a cuyo servicio pertenecía; los conocimientos que los gimnasios ofrecían ya en su tiempo desde que tomaron una organización más médica; y las opiniones emitidas por los filósofos, que habían embebido a la medicina desde épocas anteriores, ni la enciclopedia de su saber, acerca del modo de la existencia vital. Pero tuvo el talento necesario para reunir en vasta y ordenada concepción, los resultados de la antigua experiencia; para fijar el método que habría de ampliar con todo acierto la esfera de estos mismos resultados, y para establecer un sistema sencillo como la misma verdad de que emanaba, y fecundo en importantes consecuencias; procediendo como el hábil ingeniero que aprovecha con estudio y arte los materiales que halla ó son conducidos al sitio donde abre un magnífico acueducto ó levanta un gallardo puente, sin que a nadie le ocurra la infeliz idea de negarle el mérito de la obra, porque se valiera de materiales que él mismo no llevara para hacerla.

Hipócrates, por lo tanto, no es solo un hombre extraordinario por su vasta capacidad y su talento de observación; sino que aparece como figura monumental en el campo de la historia, representando la creación filosófica de la medicina, el origen de su formación científica.

Probemos, pues, este aserto, conviniendo en que ni la época a que pertenece, ni el carácter de sus escritos, ofrecen detalles escusados de buscar; y partamos de la proposición emitida, de que consiste su principal mérito en haber dado a la medicina su carácter científico y haber asentado en firme las bases en que se apoya.

Es indudable que la constitución de toda ciencia exige, como fundamento preciso, la determinación de un principio general que encierre en sí el hecho culminante del objeto a que se refiera, que abrace la generalidad de todos los demás de menor alcance, y que encierre, a la manera de germen, otros principios secundarios que, derivándose de él y conexionalmente entre sí naturalmente, ofrezcan al filósofo el programa del ramo de saber que representen; la síntesis de sus máximas fundamentales; la armazón en que se sostengan las doctrinas, y la pauta a que se acomoden los preceptos.

No los hallaremos formulados uno por uno ni del modo que el gusto de nuestras épocas ha adoptado, en las obras que la crítica antigua y moderna han determinado como legítimos del oráculo de Coo; porque



cada país y cada generación, como tiene sus sentimientos y aficiones propias, tiene también su manera especial de comunicar sus ideas y de expresar sus pensamientos.

Y así como para apreciar en su verdadero valor el gusto de los frutos y la fragancia de las flores, es preciso tomarlos en el terreno y estaciones que los son propios, necesario es igualmente para deducir la importancia de las obras de antigua procedencia, trasportarse á las épocas en que se escribieron, y descifrar su sentido. Seguro que el que de otro modo leyere la ingeniosa fábula de nuestro célebre Cervantes, concluiría por adormecerse con las escentricidades del melancólico hidalgo y las sandeces de su escudero; pero si conocedor de las costumbres del país y del tiempo en que se redactaron sus hermosas páginas, atiende, más que á lo literal de su expresión, al distinguido pensamiento que en ellas brilla, no podrá menos de admirar la destreza del sábio crítico, y descubrir las muchas bellezas que á cada paso se advierten.

«El interés y ventajas que ofrecen los libros antiguos, dice en su prólogo á la Colección de obras hipocráticas el erudito comentador Sr. Littré, está siempre en relación con el juicio comparativo que se forma entre la ciencia antigua y la moderna. Este juicio, pues, ha de establecerse necesariamente sobre ciertas condiciones que, ó bien se encuentran en el mismo lector, ó bien en el modo como se le presenta el libro: en el lector, cuando por medio de sus estudios se halla impuesta en las doctrinas de la antigüedad; y en el libro, cuando sus doctrinas se han puesto en armonía con las ideas modernas, de suerte que se comprendan con facilidad y se entre en ellas, por decirlo así, con paso seguro.»

Habremos, pues, de convenir en que, si se trata de buscar en las obras del grande Hipócrates un texto para la actual enseñanza ó un libro que esté redactado para el gusto del día, nos encontraremos defraudados, pareciéndonos además extrañas é ininteligibles hasta las grandes ideas que en ellas se contienen; mas no así deben juzgarse escritos que tal importancia tuvieron siempre, y que tan grande influjo ejercieron y han de sostener en la filosofía de la ciencia. Es necesario trasportarse con nuestro entendimiento á aquella remota época; imponernos en sus nociones y lenguaje; y penetrar en el examen con ánimo reflexivo, para comprender los conceptos y traducirlos, y para deducir, del contexto y del espíritu que en el todo domine así como de la relación que en sus principales máximas se descubra, los quilates de valor que sean apreciables y el interés que en la ciencia inspiren.

Tomando de este modo, como se debe, la colección de obras que, al través de tantas vicisitudes y trastornos, y venciendo las dificultades consiguientes á su modo de trasmisión en aquellos lejanos tiempos, han podido llegar hasta nosotros y ser determinadas como propias del esclarecido autor de quien nos ocupamos, por reglas que la sana crítica se ha trazado, encontramos en ellas el principio filosófico que domina, no menos que el fisiológico, el nosológico y el terapéutico; que juntos establecen un sistema completo y ordenado, y presentan, por lo tanto, la constitución de la medicina como verdadera ciencia.

Estudiando el libro de la *Medicina antigua*, se encuentra desde el principio una seria impugnación á los filósofos que «de viva voz ó por escrito habían tratado de medicina, proponiéndose como base de sus razonamientos las hipótesis del calor ó del frío, de la sequedad ó de la humedad, ó de cualquier otro principio que les había parecido, simplificando las cosas y atribuyendo las enfermedades y la muerte á uno ó dos solos agentes, como á una causa primitiva y constante: de los cuales dice que se engañan, siendo tanto más vituperables, cuanto que la equivocación se refiere á un arte que existe, que no necesita de ninguna suposición vana, como la discusión sobre cosas oscuras y dudosas que no son posibles de comprobar, siendo así que la medicina, existiendo desde tiempos remotos, posee un principio y un método que ha encontrado, por cuyo auxilio se han hecho muchos y grandes progresos en el trascurso de los tiempos, y se adelantará más todavía, si los hombres capaces é instruidos en los descubrimientos antiguos, los toman por punto de partida en sus investigaciones.» Asegura que se alejarán de la realidad los que se separen de este camino, entrando luego á manifestar que la medicina fué desde su origen formándose por la observación, y que con ella se perfeccionaba. Espone más adelante que esta no tiene una sola faz, y exige gran cuidado; y que, siendo preciso proponerse una medida, no se hallará en un peso ni en un número á que pudiera referirse para establecer el cálculo, sino únicamente en la sensación del cuerpo; siendo por esto difícil adquirir tanta exactitud en el juicio, que no se yerre de un modo ó de otro. Manifiesta luego la admiración que causa ver salir los descubrimientos en el arte de la honda sima de una profunda ignorancia, no por efecto de casualidad, sino por sábias y rectas investigaciones; y demostrando el error de los que procedían por hipótesis, insiste en la seguridad que dá la observación.

El extracto que acabo de exponer demuestra de una manera evidente, que Hipócrates se opuso con toda la fuerza de su inteligencia á la invasión que en su tiempo habían hecho las hipótesis en la medicina; y que, separándola de la filosofía abstracta ó metafísica, quiso fundarla sobre la base firme de la observación.

En el libro del *Régimen de las enfermedades agudas*, empieza también con otra impugnación contra el proceder ideológico de los médicos de la escuela de Cnido, de los cuales dice, que describieron con exactitud lo que padecen los enfermos en cada afección, lo cual

harian también los menos versados en los principios de la medicina; pero que nada habían espuesto de lo que el médico debe saber sin que el enfermo se lo refiera, cuyas nociones son diversas según los casos, teniendo algunas gran importancia para la interpretación de los signos; y critica su inexactitud en adoptar por principio hacer una especie morbosa particular de cada caso en que se presente alguna diferencia, y poner un nombre distinto á cada afección que desde su origen no parezca idéntica á las otras. «Mi opinión es, añade en seguida, que debe siempre usarse de reflexión en medicina: cuando el caso exija que se obre bien y con regularidad, no debe seguirse otro camino; cuando deba procederse con resolución, no convendrá obrar con parsimonia; lo que exija detenimiento no debe atropellarse; y así debe procederse en todos los casos, procurando siempre obrar del modo más conveniente.» Hablando después de la diversidad que aparecía en la práctica de los médicos, dice que estos no tenían costumbre de discutir los puntos á que se refiere, lo que en su juicio hacía que el vulgo formase de la medicina una opinión desventajosa, llegando á creer que no existía. «Comparo en esto la medicina, dice después, al arte de los agoreros, en que unos opinan con las mismas cosas, de un modo contrario que los otros; pasando luego á hacer algunas consideraciones relativas al régimen de los enfermos, que es el asunto de que se ocupa.»

De este segundo extracto se viene igualmente á deducir su oposición á los empíricos, que, no dando parte alguna á la reflexión, multiplicaban indefinidamente las especies morbosas, por carecer del conocimiento que enlaza la pluralidad en un centro común y la funde en una idea abstracta, para poder así abarcar con la inteligencia una multitud de hechos, difíciles de apreciación de otra manera.

Así se vé que Hipócrates, colocándose en el verdadero punto de vista, arrancó la medicina del perjudicial dominio de los inventores de falsos sistemas, como él los denomina, que subordinaban el conocimiento de la vida al de las causas generales, abusando de la razón; como la separó igualmente del infundado terreno en que los empíricos la tenían aprisionada, queriendo que la observación sin guía sirviera á sus falaces progresos. Aquellos precipitaban á la ciencia en un abismo de errores: estos la condenaban á perpétua esterilidad y confusión, perdiendo la unidad que fertiliza los adelantamientos y ayuda con fórmulas abstractas á comprender la multitud de nociones, imposibles de retener sin la determinación de un lazo que los una y simplifique.

Separó, pues, la medicina de la filosofía abstracta y del empirismo ciego, y estableció la observación como base y la sana razón como medio para conseguir el verdadero conocimiento de su objeto; creando así el método filosófico apropiado á su certidumbre, y abriendo á los adelantamientos vía ancha y segura para las épocas sucesivas.

En sus *Pronósticos y Aforismos* se ven los resultados magníficos de esta gran concepción, espresados en fórmulas abreviadas de hechos que tenían que haber sido apreciados por análisis severos y repetidos, hasta llegar á la síntesis que espresa su carácter común.

Si Hipócrates no hubiese hecho más que establecer esta gran reforma con la fuerza de su talento y el influjo de su autoridad, sería, solo por esto, acreedor á eterno reconocimiento; pues si Bacon en tiempos modernos ha alcanzado inmarcesible lauro por introducir en las ciencias físicas este método filosófico, mal desarrollado por el filósofo de Stagira, con más razón le corresponde al que le inventó para la medicina.

Pero sigamos penetrando con el mismo espíritu en sus preciosas obras, para descubrir los demás fundamentos que dejamos indicados.

En el mismo libro de la *Medicina antigua* espresa que se halla persuadido de que todo médico debe estudiar la naturaleza, é investigar cuidadosamente, si quiere desempeñar bien su cometido, las relaciones que tiene el hombre con los alimentos y las bebidas, con todo su género de vida, y la influencia que ejercen las cosas entre sí. Y mas adelante añade, que en su juicio, debe saber el médico además, las cualidades y fuerza de los humores, así como las diversas conformaciones de los órganos.

En el magnífico libro de *Aires, aguas y lugares*, que es un tesoro de ideas avanzadas para aquel tiempo, recomienda con mucho empeño que se aprecien las estaciones del año y su influjo particular; las cualidades de los vientos generales y particulares de cada localidad; las situaciones de las poblaciones con relación á los vientos y á la salida del sol; la naturaleza y procedencia de las aguas; las circunstancias del terreno, así como el género de vida de los habitantes, sus costumbres é instituciones: manifestando después el influjo que, á su modo de ver, producían todas estas circunstancias en el modo de ser de los individuos, y hasta en su fecundidad, y deduciendo como consecuencia los diversos caracteres físicos y aun morales, y adviértase la expresión, que por tales indicios observaba entre los asiáticos y los europeos, no menos que entre los diversos pueblos de una estensa comarca.

Hé aquí bien significado el gran principio fisiológico que dedujo de la observación más pura, el recto juicio del sábio que hoy nos admira. Consideró con la mayor exactitud que el hombre no vive por sí mismo en la tierra que habita, sino que existe en necesaria relación con los agentes naturales que dan pábulo á sus funciones. Comprendió que la sensación del cuerpo, como dejamos citado textualmente del libro de la *Medicina antigua*, es la medida de las apreciaciones del médico, y que haciendo esta propiedad modificable á la

economía, la disponía á sufrir los cambios correspondientes en el juego variable de acciones que sobre ella son capaces de ocasionar las diversas cualidades de los espresados agentes; viniendo de este fundado raciocinio á deducir como conclusión legítima, que no se puede conocer la vida del hombre solo por el estudio de lo que es en sí propio, sino por el influjo que sobre su naturaleza particular ejerce el conjunto de circunstancias que de continuo le modifican. ¡Qué admirable concepción, en época en que los filósofos por un lado y los empíricos por otro falseaban los estudios sobre el modo de existencia vital, buscando unos el elemento ó la cualidad física que en el cuerpo predominaba, para descender sobre ellas á ilusorias esplicaciones, y limitándose otros á observar los síntomas que en el estado accidental ó morboso se manifestaban, para hacer infinitas variedades de padecimientos solo conocidos por su falaz esterilidad! Desde este momento se abrió para la fisiología campo vasto de inagotables investigaciones, que, aunque muy adelantadas al presente, descubren todavía espacioso terreno que esplotar. Inútil fuera, y hasta impertinente, que yo me detuviera en demostrar ante la sábia corporación que me dispensa la honra de escucharme, la exactitud de este gran principio que cambió la faz de la medicina, y cuya trascendencia alcanza fuera de sus límites, influyendo en la educación de los hombres y en la legislación de los pueblos.

Los libros de *República* y de *Officiis*, de Cicerón; el *Exámen de ingenios*, de nuestro famoso Huarte; el *Espíritu de las leyes*, de Montesquieu; las obras de Cabanis; la *Filosofía de la legislación*, escrita por el Sr. Lopez Mateos, que honró á esta ilustre Academia, y otros muchos testimonios que pudieran citarse, vienen á comprobar la trascendental aplicación que dejo indicada.

Pero todavía es más completo el fecundo principio de cuya invención nos estamos ocupando. En el libro de la *Medicina antigua* dice Hipócrates de una manera esplicita; «que en el cuerpo se halla, en efecto, lo amargo, lo salado, lo dulce, lo árido, lo acerbó, lo insípido, y otras mil cosas, cuyas propiedades varían al infinito en cantidad y vigor; las cuales, mezcladas todas y equilibradas unas con otras, no se hacen manifestas ni ocasionan padecimientos, como sucede cuando alguna de ellas se aísla y se separa de las demás.» Este pasaje, con indicaciones que se hallan conformes en otros libros, viene suficientemente á demostrar, que si el sábio fundador de la medicina no consideraba el cuerpo del hombre sometido de un modo absoluto al conocimiento de la física de aquellos tiempos, no por eso dejaba de admitir en la formación del cuerpo del hombre los elementos comunes y las propiedades de la materia, entonces apreciables. Penetró con sagacidad en el verdadero terreno, y descubrió su filosófico examen la admirable combinación de los componentes y propiedades generales con las especiales que regulan el modo de existencia propia que determina la vida. Solo faltaba la esplicita manifestación del elemento ó propiedad vital que, asociada á las físicas, interviniera en esta naciente fisiología, para comprender los hechos que la corresponden; y á poco que registremos sus páginas, encontramos en el *calor innato* la fórmula abreviada de esta propiedad. Abramos principalmente el libro de los *Aforismos*, y allí veremos en el XIV de la sección I.<sup>a</sup>, un texto esplicito en que se manifiesta que el *calor innato* es más activo en las primeras edades, es decir, en los cuerpos que se están desarrollando, y que disminuye en la vejez. Descifrando el valor de esta fórmula, se concibe que Hipócrates reconoció en la economía del hombre la facultad de producir una temperatura propia é independiente de la cualidad física afecta al elemento cálido que entonces se admitía, indicando el aforismo que esta propiedad era más manifiesta en las épocas de crecimiento, que es seguramente en las que la vitalidad se presenta más activa, y que declinan en la vejez, que es el ocaso de la vida.

Hipócrates tomó, como se advierte, el efecto por la causa, no pudiendo referir el acto de la producción de un calor independiente del orden físico á acciones fisiológicas que los tiempos han venido después á demostrar; pero, atento á la rigida observación, se apoderó de este resultado como de un hecho positivo que supo apreciar, y le fijó como propiedad distinta de las que la materia tiene, consignando, como en prueba de la espresada esencialidad, que sigue con las diversas fases biológicas el desarrollo de la vida. Comprendió además el íntimo enlace que existe en la naturaleza humana, hallándose todas sus partes en estrecha relación y tendiendo á un mismo fin, sin que pueda señalarse, como sucede en un círculo, dónde empieza y dónde termina. Y considerando así á este compuesto material, constituido de elementos comunes y propios, dotado de propiedades generales y especiales, en mutua relación sus diversas partes como lo está el conjunto con los agentes de la naturaleza universal á cuyas espensas se mantiene, le juzgó impregnado de una actividad esencial que preside á la armonía de las acciones, y tiene por objeto constante la conservación y desarrollo del mismo ser en que se representa.

Dedic, señores académicos, si puede concebirse un programa más perfecto y acabado del modo de existencia que llamamos vida: si quedó algo por indicar en este magnífico cuadro, sobre el cual las edades posteriores no han podido hacer el menor trazo que no fuera referente al desenvolvimiento de sus detalles interesantes. Elementos constitutivos; propiedades que los animan; agentes que les comunican impulso; fuerza que dá dirección; armonía que enlaza los actos; objeto determinado en todo este admirable mecanismo: hé aquí, en resumen, esta magnífica concepción, que los modernos podrán



ampliar cuanto quieran en sus vastos y difíciles pormenores, habiéndola truncado muchos en perjuicio de la verdad; pero en la cual nada falta de fundamental, ni hay cosa que pueda suprimirse sin que el conocimiento del modo de existencia que representa vaya a quedar confuso e incompleto.

Cuando las acciones de este armónico conjunto se ejecutan con orden y desembarazo, comprendió el respetable isleño que se producía el estado regular de la vida, o sea de salud; ocasionándose la enfermedad, cuando se perturbaba este acompasado equilibrio.

De aquí naturalmente se desprende el principio nosológico, que vamos también a interpretar.

Refiriéndose a una afección de los Escitas, dice el autor, en el tratado de *Aires, aguas y lugares*, «que esta enfermedad proviene de la divinidad como todas las demás enfermedades; que ninguna es más divina que otra, y que todas son igualmente divinas; que cada enfermedad tiene su causa natural, y que ninguna se produce sin esta circunstancia.» En cuyo pasaje manifiesta, de un modo decisivo, su oposición al misticismo que aun restaba en su tiempo del ejercicio de la profesión en los templos de Esculapio; estableciendo la etiología sobre el verdadero conocimiento de las relaciones naturales entre los mismos agentes que determinó como necesarios para el ejercicio de la vida, y la economía que recibe su influjo o su impresión. De modo que, como se advierte por lo espuesto, no solo sacó al arte del dominio abusivo de los filósofos y del estéril terreno de los empiricos, elevándole al digno y elevado rango de las ciencias bien establecidas, sino que se le purgó de viejas preocupaciones que oponían a su desarrollo una rémora insuperable.

En el libro de *Aguas, aires y lugares* significó, con reconocida destreza, la influencia de los climas y las localidades sobre la salud y la producción de enfermedades que la son afines. En el del *Régimen en las enfermedades agudas*, hizo mérito de los daños que ocasionan al hombre sano los cambios en la alimentación y los ejercicios; y en el de los *Aforismos*, dejó indicados los malos efectos del ejercicio exagerado, descubriendo con notable exactitud los resultados morbosos de las constituciones estacionales, a lo que consagra la sección 3.<sup>a</sup>, y asimilando a estas épocas anuales la del desarrollo orgánico que representan las diversas fases biológicas que se llaman edades.

La etiología se colocó, pues, desde entonces en una ancha zona filosófica, cuyos límites todavía no se columbran a pesar de tantos descubrimientos y perfecciones como han producido en ella los progresos de nuestro siglo.

Dirigiendo además su sagaz observación, en los libros de las *Epidemias*, el inagotable campo de las constituciones médicas en las que un conjunto variable de circunstancias accidentales vienen a obrar sobre el cuerpo humano de un modo semejante al de los climas, cuyo influjo es más permanente, abrió al estudio clínico un gran sendero en que penetraron después con seguro paso Sydenham y Bailou, Luis de Toro y Valles de Covarrubias, Van-swieten y Huxham, Pringle y Stoll, y tantos otros que han enriquecido los anales de la ciencia con trabajos de inmensa importancia para la historia de las enfermedades. Las topografías médicas, cuyo interés no se puede encarecer bastante, no solo para instruir a los prácticos en la clase y naturaleza de los males que diariamente se les han de presentar en la localidad donde voyan a ejercer, sino también para perfeccionar la nosografía general, aquí tomaron su beneficioso origen.

Hipócrates, en el libro de *Aires, aguas y lugares* encarga a los médicos que, «cuando lleguen a una ciudad que les sea desconocida, observen su situación y las relaciones en que esté con los vientos y la salida del sol; que adquieran nociones muy exactas sobre la naturaleza de las aguas de que usen sus habitantes; que estudien los diversos estados del terreno, y que reconozcan el género de vida de los habitantes: porque instruido así el médico, no ignorará las enfermedades locales ni la índole de las generales, de modo que no se le ofrecerán dudas en la curación que ha de emplear, ni cometerá errores en que incurrirá el que no se hubiese hecho cargo de antemano de estos datos esenciales.»

Y reconociéndose desde entonces la grande importancia de este género de investigaciones, después de muchos trabajos que, impulsados por este conocimiento, han hecho los médicos sobre las localidades, se intenta realizar el gran proyecto de una geografía médica, al que el Sr. Boudin ha contribuido con un buen trabajo, que es el término a donde ha de llegar la sublime aspiración hipocrática.

¿Se puede exigir más, señores académicos, para el desarrollo y esplendor de una ciencia que solo contaba entonces con la fina observación y el vigor del talento, porque sus auxiliares, la física, la química y la geología, no habían llegado aún a la época de su verdadera formación?

Pero la gran penetración del esclarecido fundador pasa aun mas adelante; y después de asentar sobre base tan estable y fecunda, el conocimiento de las causas de las enfermedades, quiso determinar el punto de partida que tuvieran las afecciones morbosas en general con relación a dichas causas productoras; el cambio íntimo que se produce en la economía al pasar de la salud a la enfermedad: estableciendo así la patogenesia, que dedujo con sencillez de la observación más pura, y marcando la diferencia que luego se ha señalado con los nombres de causas remotas y próximas de los males.

Comprendió para el caso, con su envidiable sagacidad, que los agentes naturales, a cuyas espensas la máquina humana entra en acción, al cambiar sus relaciones con ella y producir un trastorno capaz de alterar

la armonía con que funciona, debería precisamente ejercer su pernicioso influjo en los elementos y propiedades del cuerpo sobre que obraban; y así concibió que el desequilibrio de estas, como efecto inmediato del espresado cambio de relación, era el primer movimiento oscilatorio de la perturbación morboza, determinándose la intemperie o predominio irregular de alguno de ellos. El cálido innato, propiedad vital que reconocí según la fundada interpretación que dejamos establecida, tomaba en seguida parte activa en el conflicto; y la naturaleza, en su solidaria marcha, en la unidad y fin de sus tendencias conservadoras, impulsaba después los actos patológicos sobrevenidos hacia una operación beneficiosa, que diera por resultado la íntima elaboración de la causa morbofica, la cesación de la intemperie con el restablecimiento del equilibrio.

Tomemos en comprobación el texto expuesto ya citado del libro de la *Medicina antigua* en que se dice: que todas las cualidades se hallan mezcladas y equilibradas en el cuerpo, no haciéndose manifestar; pero que si cualquiera de ellas se aísla y se aparta de las demás, entonces se hace sensible y produce dolor. Espone el autor más adelante en el mismo libro, que las fiebres no son producidas únicamente por lo cálido, sino que lo son también por lo cálido amargo, por lo cálido ácido, por lo cálido salado y otras mil, así como por el frío con otras cualidades diversas. Y después de referir los síntomas del coriza, para probar su aserto, con referencia a lo que en otro pasaje dice del calor, añade: «el ardor de la nariz se mitiga, no mientras dura el catarro y subsiste la flegmasia, sino cuando el humor se hace espeso, menos acre, y se mezcla más, por la cocción, con el líquido primitivo; entonces solo cesa el ardor. En los casos en que, por el contrario, se ha producido el mal claramente por la sola cualidad fría sin el concurso de ninguna otra cosa, consiguen librarse de él por solo el tránsito del frío al calor y la vuelta del calor al frío; los cuales se suceden prontamente el uno al otro sin necesidad de cocción alguna: pero todo lo que he dicho ha producido por actitud y destempe de los humores, entra en calma del mismo modo, es decir, por la mezcla y la cocción.»

El texto que literalmente dejo citado, no solo viene a comprobar mi fundada interpretación, sino que deja ver desde luego que Hipócrates distinguía con exactitud en el conocimiento general de las afecciones morbosas, con respecto al modo de estar constituidas, las que eran ocasionadas por alteración humoral, en las cuales la mezcla y la cocción eran necesarias para su cura, y las que, afectando solo una cualidad y no la materia, el restablecimiento se verificaba sin este acto fisiológico-patológico. Déjase, pues, traslucir en esta importante diferencia la división de las enfermedades, por su causa inmediata, en dinámicas y materiales; en nerviosas y humorales o sanguíneas, que pudiéramos decir en la actualidad: si bien la falta de anatomía en aquel tiempo y la más fácil apreciación de los humores, hizo predominar la idea sobre estas últimas.

El hábil observador había fijado su sagaz atención, en el misterioso enlace que el Sabio Autor de la naturaleza ha hecho del espíritu con el cuerpo, de las fuerzas con la materia, de las propiedades con los elementos; y apreciando esta combinación en su conocimiento fisiológico, fué consecuente en el nosológico.

Así se ve, que tanto en el uno como en el otro, entran los componentes y sus cualidades; lo físico y lo vital; las modificaciones naturales y los eficaces recursos de la autoerática naturaleza: desprendiéndose de esta feliz concepción, la teoría, mal apreciada por algunos de sus detractores, en que se designó metafísicamente con el nombre de *cocción*, el proceder oculto que la naturaleza emplea para la resolución de las enfermedades con causa material, usando de una frase que se deriva, por una analogía bien tomada, de un acto físico a que se da igual nombre. Muy lejos del innecesario ridículo que se ha querido hacer de la sencilla interpretación de este natural e interesante acto fisiológico-patológico, consignado por una fiel observación en las preciosas páginas cuyo espíritu analizamos, es digna, por el contrario, de ser considerada con ánimo investigador, para apreciarla y compararla con las aplicaciones de nuestros días.

Reconocida la base en que estribaba la constitución de las enfermedades, del modo que queda espuesto, y juzgando que la crisis humoral se alteraba el mayor número de veces como efecto inmediato de la causa morbofica, se concibió que esta disercia o intemperie, en que alguno de los humores o elementos constitutivos del cuerpo salían de su proporción regular, haciéndose tenue y acre, y exaltando las propiedades físicas que le eran anejas, provocaba la perturbación correspondiente en la vitalidad, que sentía los perniciosos efectos de tal desequilibrio. Entonces se determinaba un esfuerzo de reacción, promovido por este destempe; y sobrevenía el aumento de calor animal, es decir, la exaltación del cálido innato, o propiedad vital de que la economía se consideraba penetrada, impulsada por esa fuerza que representa la ley de conservación; cuyo fin conocido era moderar la acritud morboza que ocasionaba el padecimiento, asimilar el humor que con su predominio sostenía la perturbación existente, y convertirle de acre y tenue en suave y concreto para volverle a sus condiciones normales, espulsando, por los emuntorios comunes, los restos de esta asimilación. Por intervenir en esta oculta elaboración el calor vital, y obtenerse de ella como resultado manifiesto la conversión de los humores de ténuen en espesos, y de ácren en suaves, es por lo que recibió el nombre que prestaba una analogía física que nada tiene de violenta, y que debiera ser en la actualidad menos extraña.

En el libro de la *Medicina antigua* hay un pasaje que

corresponde a esta interpretación, deducida del espíritu que domina en las obras, en el cual se espresa: «Que los accidentes producidos por las acritudes no se calman hasta que estas han sido depuradas, calmadas y mezcladas con lo demás. El cocerse, cambiarse, atenuarse y espesarse los humores, añade a continuación, se verifica de muchos y muy diversos modos; de lo que resulta que las crisis y el cálculo de los días tienen en esto un grande influjo; no habiendo nada, en verdad, que pueda atribuirse a lo cálido ni a lo frío, porque ni con uno ni con otro se verificaria la maduración ni adquirirían los humores esa espesura. El hombre se encuentra en el estado más favorable cuando todo permanece en cocción y en reposo, sin que nada manifieste una cualidad predominante.»

Aquí se esplica con toda claridad lo que se entiende, en efecto, por *cocción*: un estado de buenas crisis, de buena mezcla, que tiende a realizarse por los esfuerzos de la autoerática natural, en virtud de sus fines conservadores, cuando por alguna causa se ha alterado.

La teoría que acabamos de esponer, enlazada, como indica el texto citado, con la determinación de las crisis y de los días críticos, es decir, con el reconocimiento de cambios notables ocurridos a la terminación de las enfermedades agudas, bajo la forma general de evacuaciones, y con la apreciación de periodos bastante fijos para que aquellos tengan efecto, ¿está fundada en la realidad? ¿Guarda alguna relación con las modernas aplicaciones?

La experiencia diaria ofrecerá la prueba. En aquellos tiempos tan remotos, cuyo horizonte se pierde, lo mismo que en los actuales, demuestra la observación que, en las enfermedades agudas y febriles, ya sean fiebres esenciales o flegmasias, hay resecación del cuerpo en los primeros tiempos; que a poco, se presentan las evacuaciones, ténuen y acompañadas de notable ardor y tensión; y que, por último, si la curación se verifica, los productos de las excreciones se hacen espesos, trabados y homogéneos, cesando la tirantez y el escozor. Fenómenos semejantes se manifiestan en los espasmos agudos, ya aparezcan solos o acompañados de congestión.

«Las fluxiones que se padecen en los ojos, que tienen intensas y varias acrimonias, dice el mencionado libro de la *Medicina antigua*, ulceran los párpados, escorran en algunos las mejillas, las partes situadas por debajo del ojo y todas aquellas por donde corren, llegando a veces a corroer la membrana que cubre la córnea. ¿Y hasta cuándo duran los dolores y el calor excesivo? Hasta el momento que la fluxion se espesa por el trabajo de la cocción, y el humor que la constituye se hace legñoso. Haber sufrido la cocción, equivale en los humores a haber sido mezclados; equilibrados unos con otros. En cuanto a las fluxiones de garganta que producen anginas, ronqueras, inflamaciones y perineumonias, todas ofrecen al principio los humores salados, acuosos y ácren, y entonces es cuando la enfermedad se halla en crecimiento; pero cuando se espesan por la cocción y pierden su acrimonia, es la época de la resolución de las fiebres y de todo lo que al enfermo le atormenta.»

El hecho, pues, tanto en estos como en los infinitos ejemplos que pudieran a propósito citarse, aparecía entonces igualmente que ahora; variando solo el concepto, porque ha cambiado la disposición de la lente con que nuestra inteligencia los aprecia. Para los hipocráticos, la interpretación se deducía de la simple observación del acto, acomodada al sencillo conocimiento nosológico que queda ya espuesto: para los médicos de nuestra época, con otros datos, el eretismo producido por la causa morbofica y la tensión vascular, es lo que determina la reacción de los primeros momentos; permitiendo solo el paso, a poco después, a los materiales más ténuen del humor esccrementicio, que es elaborado incompletamente a causa del espasmo de los órganos respectivos y de las condiciones de la sangre, que suministra los materiales alterados en su composición con el predominio de los elementos sólidos. En tal estado, el dolor es agudo y el calor intenso; pero llegada la enfermedad a su mayor altura, el espasmo cede; los vasos se ensanchan; los órganos secretorios funcionan con más libertad: siendo el resultado la formación de un producto tanto más espeso y cubierto, cuanto los materiales de secreción, detenidos en las mallas orgánicas, tienen también más erasitud, del período agudo que ha llegado ya a su término. No se dice que la cocción se verifica, sino que la resolución tiene lugar: no se achaca el padecimiento a la cualidad ácre de un humor desequilibrado, sino que se esplica por la irritación que se ha determinado y la fluxion que la ha seguido. El hecho, sin embargo, subsiste: la esplicación en los siglos venideros distará acaso tanto de lo que nosotros hacemos, como la nuestra se separa de la de Hipócrates.

Y adviértase, como antes hicimos, porque interesa mucho para apreciar el grado de criterio con que se discurría, que Hipócrates no consideraba la cocción como medio general de elaboración que se presentase en toda clase de enfermedades agudas: veamos cómo termina el párrafo que hemos citado: «Porque es preciso considerar, añade, como causa de cada enfermedad todo lo que, mientras existe, sostiene este modo de ser, desapareciendo cuando se transforma en otra mezcla. Pues si todo lo que procede de un calor o frío puro sin intervencion de ninguna otra cualidad, termina por el cambio del frío en calor o del calor en frío, del modo que ya he manifestado, es cierto que las demás enfermedades a que el hombre está sujeto, provienen todas del influjo de las cualidades.»

Consecuentes con la espresada teoría son los resultados de las evacuaciones con fenómenos que indican la resolución de la enfermedad, consistiendo estas en movimientos eliminatorios promovidos por la naturaleza



para dejar equilibrados los humores despues de haber conseguido su fin de asimilacion; así como tambien lo es la determinacion de periodos en que estos hechos acontecian. Cuestiones ambas que han dado lugar á grandes polémicas, negando su verdad las sectas contrarias al naturalismo hipocrático, y comprobando su exactitud los médicos mas reputados como observadores clínicos. Esta, señores académicos, no es cuestion de razonamiento; es de pura observacion. Podria únicamente versar la duda sobre el modo de comprender el valor de los fenómenos críticos; ya considerándolos como esfuerzos saludables de la naturaleza para conseguir la curacion, ó bien como señales de haber llegado la coccion á verificarse, ó sea de haber entrado el periodo resolutivo: pero sobre el hecho de aparecer ó no los referidos fenómenos, no cabe lugar mas que á la observacion. Y ella enseña, en efecto, al que quiere apreciarla, en la clinica privada ó colectiva, que los sudores, las diarreas, los flujos de orinas y la expectoracion se presentan, no constantemente, pero sí con mucha frecuencia, al aparecer la remision de los síntomas culminantes, como anuncio fiel de la declinacion en las enfermedades agudas.

Tambien la determinacion de los dias críticos se halla sometida esclusivamente al mismo criterio, sin que la razon tenga derecho á intervenir sola en este asunto; y la práctica bien llevada comprueba de igual modo la constancia con que las fiebres y las fleumasias, que abrazan la generalidad de las afecciones agudas, adquieren su desarrollo en periodos septenarios y cuaternarios, marcándose al final de ellos el limite de su apogeo. Decid, señores, si no habeis encontrado la confirmacion de este resultado, que Hipócrates señaló en sus *Aforismos*, y repitieron despues todos los prácticos de mayor autoridad, en vuestras clinicas y hospita'es; en vuestra asistencia domiciliaria. Por mi parte, cuidando mucho de hacer esta comprobacion en la clinica que desempeño, por la grande importancia que tiene en el pronóstico y en la prudencia que debe reglar la conducta del médico en sus procederes terapéuticos, puedo ofrecer las mayores seguridades de su exactitud con observaciones recojidas todos los dias con la mayor escrupulosidad por los alumnos á cuya vista se verifica. «Las enfermedades», dice nuestro célebre compatriota de Covarrubias en sus *Comentarios*, tienen sus edades parecidas á las de los hombres y sus términos naturales; y teniendo cada especie prefijado su curso particular, no pueden dejar de seguir los periodos establecidos, llegar hasta cierto punto, y concluir de uno de los modos que tengan relacion con su propia naturaleza. Tan indispensable es este conocimiento, y repárese la advertencia, suministrado por la sana observacion, que el médico descuidado ó ignorante que la desconozca ó desatienda, no solo se espondrá á graves errores en sus cálculos pronósticos, sino que, alucinado por los fenómenos de una actualidad que el médico prudente pone siempre en relacion con el porvenir conocido, atropellará á la naturaleza con el uso immoderado de medios terapéuticos que harán producir desórdenes trascendentales. No olvide el práctico que, así como los frutos tienen sus épocas que los preparan y su tiempo de madurez, las afecciones morbosas ofrecen tambien los fenómenos que los caracterizan en un orden sucesivo, de duracion marcada y de términos conocidos; y sabrá no solo proceder con acierto, sino esperar con prudencia, obrar con moderacion y cejar con tino. Esta cuestion no es por cierto doctrinal, sino enteramente práctica: la observacion de todos los tiempos y paises, nos demuestra la verdad con la observacion de los hechos»

La Academia sabrá dispensarme esta larga cita de nuestro esclarecido Valles, no solo por la oportunidad y en grato recuerdo de su merecida fama, sino por la justa y severa expresion con que realza la importancia de nuestro aserto.

No se entienda por esto que, llevando la apreciacion fuera de sus regulares limites, hayamos de ir más lejos que el mismo Hipócrates, que consignó este resultado de la observacion como positivo, pero no sin escepcion: creemos que las admite, si bien circunstancias concomitantes de complicaciones, de influencias accidentales ó de perturbacion ocasionada por una terapéutica intempestiva, ó el poco esmero en la cuenta de los dias de la enfermedad, pueden explicar la mayor parte de faltas á esta regla general, á que se halla sometido el curso de las agudas febriles; y de todos modos, la escepcion no puede invalidar el orden que se guarda en la generalidad de los casos.

Concluyamos, pues, las reflexiones sobre el punto que abraza este periodo de mi discurso, deduciendo que el principio nosológico de Hipócrates consistió en considerar la enfermedad como un estado preternatural de la vida producido por la accion de una causa natural, que determinaba un cambio intimo en los elementos y cualidades físicas, como tambien en la propiedad fisiológica del cuerpo del hombre; suscitándose, en su virtud, en las agudas con causa material, es decir, en las febriles, un trabajo de elaboracion, que tenia por saludable fin templar, assimilar y espeler el elemento morbo.

Igualmente que, en el conocimiento ó principio fisiológico que dejamos anteriormente determinado, entran en el nosológico como factores, la accion de los agentes naturales; los elementos de composicion de la economia y sus cualidades; la propiedad vital, y la fuerza interior que impregna todo el organismo, armonizando la relacion de las partes y dirigiendo á un fin conservador los movimientos del conjunto.

¡Qué grandeza de concepcion! ¡Qué paso tan avanzado del humilde terreno del arte empirico al elevado emporio de las ciencias!

En consonancia con este modo de ver, las enfermedades, aunque distinguidas en particular, eran estudiadas, no tanto en sus pormenores como en su vasto conjunto.

«El que quiera saber pronosticar del modo conveniente», dice Hipócrates al terminar el libro de los *Pronósticos*, deberá juzgar todas las cosas por el estudio de los signos y por la comparacion de su valor reciproco. Deberá tambien tener en consideracion el predominio de las enfermedades que constantemente reinan de una manera epidémica, y no descuidar la constitucion del tiempo ó de la estacion. Es preciso tener un profundo conocimiento de todos los signos, porque en todos los años y estaciones los malos anuncian el mal, y los buenos el bien.» La prognosis era, pues, el juicio que abrazaba toda la estension de la enfermedad: lo pasado, para conocer lo presente; lo actual, para determinar sus relaciones con lo pasado, apreciar las condiciones que la representaran, y enseñar lo que debiera esperarse en el porvenir; y lo futuro, para contar con la fuerza de la constitucion del enfermo comparativamente á la naturaleza de la afeccion morbo y á sus terminaciones.

El método de los modernos ha cambiado completamente de direccion, porque cuentan nuestros tiempos con medios analíticos que inducen á penetrar en el interior de todos los pormenores; pero ni la ciencia puede prescindir de la síntesis que en tal concepto la sostenga en su elevado rango, ni la esperiencia ha dejado de comprobar la exactitud de los fundamentos antiguos, así como la verdad y ventajas de la apreciacion de los signos que en los pronósticos y aforismos se consignan.

Pasemos ya á determinar, por el mismo método, el principio terapéutico, que completa todo el sistema que estamos extrayendo.

En la severidad lógica con que Hipócrates dirijía su vigorosa razon, era ya de esperar que la terapéutica, resultado de la comparacion entre los modos conocidos de obrar las sustancias medicinales sobre el cuerpo del hombre, y la causa próxima ó constitutiva de los diversos padecimientos, habria de estar fundada sobre los principios fisiológico y nosológico que en sus obras se descubren, como dejamos demostrado, cuando el examen crítico penetra en ellas con espíritu investigador. Así es, que el punto de partida para fijar todo proceder curativo, estriba en el conocimiento previo de esa fuerza especial que impregna el cuerpo del hombre, rigiendo la armonia de las partes y el movimiento solidario del conjunto hacia el fin determinado de la conservacion del sér. Si ella tiene eficacia para sostener el orden admirable que en la vida se observa; si la asiste poder para que, en los desarreglos morbosos que turban el equilibrio fisiológico, se determinen elaboraciones ocultas cuya tendencia se manifiesta por la esterilidad de actos apreciables y por los resultados que se producen, el médico debe reconocer la potencia curativa que es consiguiente á su autocracia y á su finalidad. De aquí el admitir como base, que la naturaleza es la que prepara la terminacion de las enfermedades, dirigiendo sus esfuerzos á destruir, eliminar ó assimilar las causas morbosas ó los elementos morbosos, y deducir como legitima consecuencia, que el arte la atiende, la interpreta y la ayuda.

En el libro del *Régimen en las enfermedades agudas*, inculca el experimentado autor constantemente la máxima de no producir cambios violentos en los enfermos, y de abstenerse de ello sobre todo en el periodo de la coccion, es decir, en el de mayor agudeza de los males, así como en la aproximacion de las crisis: cuyos preceptos formuló en varios aforismos de la *seccion 1.ª*, recomendando en tales ocasiones la mayor severidad en el régimen; prohibiendo el uso de medios activos cuando las enfermedades se están juzgando ó se han juzgado completamente; indicando que, en el caso de haber de auxiliar á la naturaleza para la espulsion de los productos eliminarios despues de la coccion, se haga dirigiéndolos por las vias conferentes, y prescribiendo que no se promueva su evacuacion antes de esta época, á no ser á los principios del mal, cuando se hallaran turgentes, es decir, abundantes y en estado de crudeza, en cuyo caso se deberá hacer *despues de bien meditado*.

Bien claramente se deduce de los textos referidos, el respeto que Hipócrates tenia á los movimientos en que la fuerza espresada intervenia, recomendando la observacion y permitiendo solo obrar al arte cuando las condiciones de la enfermedad pusieran obstáculo á las saludables tendencias que aquella manifestara, ó cuando necesitara auxilio para acabar de desembarazarse de los productos de su intima elaboracion; y añadiendo que esto se hiciera siempre despues de haberlo reflexionado. Pero en un libro muy antiguo de la *Coleccion*, que si bien la critica no le refiere al mismo Hipócrates, pertenece sin embargo á su escuela, que es el del *Alimento*, se espresa esta idea de un modo bien terminante, diciendo: «Que la naturaleza se basta á sí misma en los animales para todas las cosas, conociendo lo que necesita sin que nadie se lo haya enseñado, ni lo haya aprendido: añadiendo despues, que ella es el primer médico de las enfermedades, y que solo auxiliando sus esfuerzos es como el arte obtiene resultados.»

Partiendo de este principio, que guarda el más estrecho enlace con los anteriores, para tener entendido cuándo la terapéutica debe ser activa y no espectante, se halla completado el pensamiento en el aforismo 22 de la *seccion 2.ª* en que se espresa: «Las enfermedades que proceden de plenitud se curan con la evacuacion; las ocasionadas por vacuidad, con la replecion; y en general se curan con modificaciones que las son contrarias.» Hipócrates no establece de un modo absoluto la indicacion antipática ó la hipenantióse, como falsamente han

supuesto algunos, sino que la fija de un modo general; considerando, como se espresa en el libro de los *Lugares*, que unas veces se curan las enfermedades con medicaciones que las son contrarias, otras con los que las son semejantes, y en otras ocasiones por diversos medios que no se hallan en uno ni en otro caso. Muestra grande de claridad de talento, de exactitud de observacion y de consecuencia con los principios anteriores, que nada tienen de esclusivismo.

El arte desde entonces tuvo una brújula que, movida por el influjo del conocimiento fundado en los principios ya espuestos, le conducia con más seguridad por los difíciles derroteros de la práctica. Platon, que siguió á Hipócrates, pudo comprobar este beneficioso resultado, cuando dijo: «La medicina busca la naturaleza del objeto de que trata y la causa de lo que hace; y sabe dar razon de cada una de sus cosas.»

El empirismo no podia suministrar otra guia á la terapéutica que la casualidad, los tanteos y la analogia; pues ateniéndose á la manifestacion fenomenal exterior y variable de las afecciones morbosas para conocerlas y distinguirlas en especies, sin más uso de la razon, los remedios que sirvieran para curarlas no podian salir sino de una esperiencia bastarda y fatal.

Tampoco la filosofia abstracta se hallaba mejor dispuesta para servir al arte con provecho; porque haciendo aplicacion al conocimiento de la vida, y por lo tanto de la enfermedad, de hipótesis tomadas de la fisica de aquellos tiempos, tenia que fundarse en deducciones ilegítimas por faltarles el fundamento de la verdad médica.

El ilustre reformador, al establecer las bases de la filosofia médica y ofrecer en la ciencia un criterio experimental mucho más exacto, dió, pues, al arte una clave segura para saber conducirse en sus importantes aplicaciones. El raciocinio, obrando sobre la observacion, enseñaba los varios elementos que entraban en el juego del ejercicio vital; viniendo el mismo, y por igual método, á demostrar los constitutivos del estado morbo. Conocido ya este primero y necesario término de comparacion, y apreciados tambien los efectos sobre la economia, de los diversos modificadores experimentados que podian servir para neutralizar, cambiar ó assimilar las causas morbosas, la comparacion estaba realizada y satisfecho el saludable objeto que el arte lleva consigo.

Aquí se descubre la terapéutica ya fundada sobre el doble conocimiento de la constitucion de la enfermedad y de las virtudes de los recursos medicinales, armonizados por un recto juicio; guiando siempre la exacta apreciacion de las tendencias y vigor de la fuerza natural para llegar al término curativo.

Adelantamiento inmenso, que puso en manos de la posteridad la base para impulsar y enriquecer sus conocimientos terapéuticos, y en la de los prácticos el hilo seguro que habria de conducirles por el intrincado laberinto de tan difíciles y variadas indicaciones.

Hipócrates, al consignar el principio de la hipenantióse ó de la contrariedad entre la constitucion del estado morbo y la accion de los recursos medicinales, espresa la conformidad de lo que enseña la esperiencia médica y la de todas las cosas, y de lo que lleva el asentimiento del sentido comun; pero advirtiéndolo ya que hay escepciones en la práctica para el uso de esta regla, indica en sus aforismos la indicacion evacuante y la revulsiva. Sus preceptos, por último, para que se consulte el estado de las fuerzas y la constitucion del tiempo así como la naturaleza de la enfermedad, antes de poner en práctica los medios de un meditado plan curativo; sobre emplear los recursos más enérgicos en los padecimientos más graves, y de abstenerse de todo proceder que pueda perjudicar cuando no se cuente con la seguridad del alivio que el práctico lleva por norte, forman un conjunto de máximas tan imperecederas como el mismo arte.

Hé aquí, pues, bosquejado el sistema de ese famoso Asclepiádeo, cuya gloria se pretende marchitar con apasionado juicio, y cuyas estimadas obras se quieren arrojar como inmundicia escoria del filosófico campo de la ciencia.

Digase si tan insigne ultraje merece quien estableció la medicina sobre sólido cimiento; quien fundó la filosofia médica sobre una série de principios deducidos de la fiel observacion con el severo raciocinio, y eslabonados con el enlace más perfecto; quien dió, por fin, el criterio para descubrir el grado de verdad de la ciencia, y la pauta para establecer las convenientes reglas de la importante aplicacion de sus principios.

No son, no, sus inestimables obras inmundicia escoria, sino para el ánimo que pase sobre ellas como el viajero que melancólico atravesara por una via férrea, el más rico y feráz terreno: son, por el contrario, preciosos metal que, fundido en el crisol de la inteligencia alimentada por la práctica, deja separar las aleaciones impuras y las tierras, para ofrecer al entendido analizador brillante boton de oro purísimo.

Que el sistema hipocrático, deducido de los depurados testimonios que han llegado hasta nosotros despues de tantas dificultades, vicisitudes y trastornos, encierra el sólido fundamento de la verdad médica, ha sido y es de comun sentir entre los prácticos; siendo fácil ya su demostracion, aun cuando despues de haberle puesto de manifiesto, pudiera reputarse innecesaria.

La medicina, en efecto, reconoce por base sin contradiccion, como todas las ciencias de hechos, la observacion exacta de ellos mismos; no pudiendo escusar el uso del raciocinio, guiado por la lógica más severa, para que el resultado de la accion atenta de los sentidos sobre los fenómenos, tenga un significado que nos ilustre. Este método hallado por Hipócrates, reproducido por Aristóteles, y restaurado, en fin, de una ma-



nera muy completa por el célebre Bacon de Verulamio, es, pues, por el asentimiento universal, el método filosófico que conduce a la ciencia al grado de certidumbre que la corresponde y alcanza.

De la exactitud del vitalismo hipocrático, dejamos a la historia que responda. Fundóle el anciano de Coo, como dejamos demostrado, sobre el juego necesario de acciones entre los agentes físicos exteriores y la economía del hombre, considerando en este como elementos indispensables, los materiales de su composición con las cualidades que le corresponden por su propia naturaleza; una propiedad exclusiva del organismo y diferente de las comunes, y una fuerza impregnada en el mismo que preside al nacimiento, desarrollo y sostenimiento del ser, y armoniza la acción de las partes en un movimiento solidario, con visible tendencia a llenar el fin de la conservación. Los dogmáticos que le siguieron abandonaron este encumbrado punto de vista para limitar de nuevo su miope consideración al influjo de un solo elemento físico: los metódicos de Roma se fijaron en los átomos y sus cualidades, prescindiendo del influjo de propiedades exclusivas de la economía animada, oponiéndose a sus errores los pneumáticos que quisieron desterrar el influjo del elemento físico, del conocimiento de la vida. Los iatro-químicos y iatro-mecánicos del renacimiento, siguen la idea de los atomistas metódicos renovando el predominio de la física é introduciendo el de la química en la explicación de la fisiología. Sthall hace frente a tan abusiva pretensión, y quiere someter al influjo de un principio metafísico la producción de los hechos vitales; modifican sus opiniones los dinamistas, que refieren a la acción nerviosa é inmaterial todos los movimientos; viniendo al cabo el organicismo a apropiarse de la explicación de la vida por la acción de los mismos órganos, y dejando después el terreno que había invadido, al nequimismo, que con grandes pretensiones se entromete en el campo de la fisiología, no como fiel auxiliar sino con aspiraciones de señorío.

Decid ahora, señores: desde que Hipócrates asentó la amplia base del verdadero vitalismo, ¿qué se ha hecho después por los innovadores, que no haya sido incurrir en el mismo vicio que la autorizada voz de aquel sabio reprobaba en los filósofos anteriores y de su tiempo, que querían someter el complejo conocimiento de la vida a la acción de un solo principio, al reducido mecanismo de un solo orden de hechos? Preciso es reconocer que el hombre, como ser natural, se halla sometido en el mundo físico a las leyes que en este rigen sin escepción, y que los elementos materiales que le componen, se hallan también dotados de las cualidades correspondientes de porosidad, compresibilidad, gravedad, cohesión, afinidad y demás que vienen a corresponder a lo cálido, lo frío, lo seco, lo húmedo, lo amargo, lo salado, y otras de la física antigua; pero tampoco es posible negar que estos elementos, unidos de una manera misteriosa, é inesplicable a nuestra limitada inteligencia, se hallan formando compuestos de diversa índole que en los cuerpos inorgánicos, preparados para ejercer actos que ninguna semejanza tienen con los de estos, é influidos por una propiedad distinta de todas las conocidas, que les anima y determina su acción. A la física y la química les corresponde, pues, una participación legítima en este conocimiento, no solo porque nos enseñan a calcular mejor el modo de obrar los agentes exteriores sobre nuestra economía, sino porque nos significan la influencia que sus leyes tienen dentro del mecanismo de las mismas funciones; pero aquí tienen ya un límite prefijado que no las es lícito traspasar. Vengan al campo de la medicina como fieles compañeras a ayudarnos a determinar mejor las condiciones de los agentes esternos, y las físicas de nuestro propio organismo; pero no aspiren a convertirse en dominadoras y árbritas de un terreno en que solo tienen un pequeño derecho de propiedad. No es la vida, no, una lucha perpetua de las fuerzas especiales con las generales que rigen el mundo; es, sí, como Hipócrates dejó establecido, un misterioso consorcio en que aparecen unidas y combinadas para ejercer actos que representan un modo de existencia particular y de carácter más elevado, bajo un orden bien establecido; quedando las físicas en posesión absoluta del cuerpo, cuando la muerte corta este indefinido enlace.

Análogas consideraciones son aplicables al conocimiento nosológico que, siendo emanación del fisiológico, aunque todavía más complicado, ha sufrido desde el tiempo de Hipócrates las mismas variaciones que quedan indicadas.

O el empirismo ciego pone un torpe veto a la razón práctica para no ver en las enfermedades mas que especies multiplicadas de trastornos que, independientes de los elementos de la vida, no deben ser apreciados sino por su apariencia fenomenal, ó de lo contrario, hay que prestar acatamiento al principio establecido en el sistema de Coo. Lo primero es un absurdo, que, quitando a la ciencia su dignidad y al arte su fundamento, conduciría a la confusión y a los desastres, volviéndonos a las edades primitivas. Si lo segundo, necesario es convenir en que las afecciones morbosas dependen de la perturbación que en los elementos vitales se vienen a producir por cambios en la proporción ó el modo de obrar de los agentes que los animan. Tiéndase la vista por el inmenso horizonte de la etiología fundada por Hipócrates, y siempre vendremos a parar en modificaciones producidas sobre la inervación y la sangre. Hasta los mismos agentes específicos que al anciano de Coo se le ocultaron y las edades modernas no han podido reducir a sustancia coercible, a pesar de sus adelantamientos analíticos, vienen a someterse a esta ley; y solo poniéndose en relación con los nervios

y la sangre es como determinan sus efectos, donde hallan una vitalidad que no puede resistir su acción perturbadora haciéndose refractaria a su general influencia.

La física y la química nos enseñarán los cambios que en los agentes naturales pueden motivar el desequilibrio orgánico que determina el estado morbozo, cuando el aire, las bebidas y los alimentos sean las causas que le produzcan; pero solo nos ilustrarán en parte, cuando lo sea el abuso ó mal uso del ejercicio corporal, ó la detención de las evacuaciones naturales; y en nada, cuando la infracción de las leyes del hábito, cuando las afecciones morales, la exaltación de las facultades intelectuales, ó esos cambios internos de crásis y nutrición que se adquieren ó se heredan representando las diátesis, son las causas productoras de los padecimientos. ¡Gracias que pudiera manifestarnos el misterio de composición de los elementos orgánicos!

La física y la química nos servirán de mucho para apreciar las condiciones materiales de las fluxiones congestivas, hemorrágicas é inflamatorias; pero nos ayudarán menos para el conocimiento de las afecciones hiperdiacriticas; muy poco para la determinación de algunas de las generales y constitucionales, y nada para las nerviosas. Y aun en las mismas en que, por haber productos materiales, pueden ellas prestarnos más eficaz auxilio, como sucede en la inflamación, nos servirán para conocer mejor los fenómenos mecánicos que se verifican en la red vascular, y los cambios de proporción que sobrevengan en los elementos constitutivos de la misma sangre; mas no para descifrarnos toda la esencia de la enfermedad. Apreciaremos bien el estado sanguíneo; la trasudación por los poros de los vasos, de la parte mas tenue de la sangre atacada, y su depósito en las mallas de los tejidos; la mayor densidad de este humor, y hasta su mayor concreción, si se quiere; mas no nos darán razón de la mayor actividad del círculo que produjo la fluxion; ni tampoco de las transformaciones que el producto exudado en el intersticio de las fibras ó en la superficie de un órgano, viene espontáneamente a esperimentar, constituyéndose en un blastema accidental, en que sucesivamente aparecen gránulos, glóbulos y corpusculos fibroides, base de una nueva organización, que, según las circunstancias, se suspende ó adelanta hasta convertirse en capas, bridas filamentosas, ó en glóbulos de pus. Hasta aquí no pueden llegar las acciones físicas ni las químicas; porque estos actos superiores los desempeña solo la vitalidad.

Y por fin, ¿cómo explicar el nacimiento del ser, el desarrollo de los tejidos y formación de los órganos, el desprendimiento espontáneo del feto ya viable, la evolución regular de las diversas fases biológicas que representan las edades, y la armonía que preside al concierto de todos los órganos para dar en la variedad de sus actos un resultado uniforme? Este orden admirable nos conduce a la observación de leyes que le espresen; y las hallamos formuladas en el ejercicio de la sensibilidad, y en el hecho general de la nutrición. Pero como la espresión del orden supone un principio encargado de su cumplimiento y conservación, de aquí la idea de una fuerza que Hipócrates indica, la cual penetra toda la economía para hacerse obedecer en todas sus partes, como la gravedad a los cuerpos y la afinidad a las moléculas en el orden físico, y dispone de los órganos, dotados de las propiedades generales y especiales que al efecto son necesarias, para llenar el fin que tiene señalado.

El mismo orden se manifiesta con igual constancia en el estado de enfermedad: enseñando la experiencia, que en él se distingue la diversidad de casos que le dan a conocer, por el modo de afección, aislada ó combinada, tanto de la inervación como de la crásis y vitalidad sanguínea, teniendo variado curso, duración y terminación, según la naturaleza del mal a los elementos que los constituyen; que la curación se dispone, prepara y favorece por el arte, empleado con discernimiento, pero que se efectúa por recursos y operaciones internas que en la economía se producen, siendo previstas muchas veces por el médico instruido y esperimentado, el cual se halla en otras sorprendido de los procedimientos que observa; y que, por lo tanto, se percibe también en el orden patológico el influjo de la misma fuerza que impulsa el movimiento en el normal, y sus propias tendencias conservadoras. Y no se reproche en réplica las escepciones que ofrece esta aserción; porque estas jamás invalidan la certidumbre de un principio general, sino que obligan a investigar las circunstancias concomitantes que producen tales vacíos en la observancia de las leyes que se espresan. Los minerales tienden a la cristalización en virtud de una fuerza que a ello les impulsa; mas no siempre se reúnen en formas regulares las moléculas que con más constancia suelen hacerlo, ni en todos los cuerpos inorgánicos tiene este efecto, sin que por eso se niegue la ley, fundada en la observación común. Todos los cuerpos se precipitan hacia el centro de la tierra; pero el hielo en el agua, los flotantes en el aire y los que se hallan solicitados ó detenidos por otras fuerzas simultáneas, no cumplen esta ley, y sin embargo, no por eso se pretenda negarla, porque no deja de ser cierta. Ejemplos que podrían multiplicarse hasta un número considerable, si necesario fuera para el caso.

Es, pues, forzoso reconocer que en el sistema hipocrático, como que emana de la observación más rigurosa y abraza todos los elementos ideológicos de la vida, en su estado regular y preternatural, descansa la certidumbre médica; que en él se encuentra la base firme de su constitución, y el origen de todos sus progresos. Susceptibles aquellos de continuos desarrollos, se han ido esclareciendo y agrandando en las edades posterior-

res, como el árbol que, arraigado en terreno fértil, medra lozano con el cultivo y el abono: las teorías han cambiado según los conocimientos de las diversas épocas, pero los principios fundamentales han quedado siempre inmóviles.

Por eso los sistemas han querido cobijarse bajo su amparo para recibir autorización; pero habiendo tomado por base un elemento único del conocimiento complejo que pretendían abrazar, y llevádole ciegamente a la exageración, ninguno ha podido resistir la prueba de la experiencia, que pronto manifestaba los vacíos, siendo efímero su predominio, por mucho que sus formas consiguieran fascinar. Y es de advertir que, por desgracia, tan graves estravíos inducen en la práctica errores trascendentales; pues los sistemas que conceden a los elementos y fuerzas físicas el dominio de la vida, son inducidos a procedimientos terapéuticos precipitados, erróneos y hasta temerarios, queriendo obrar en la economía como en los gabinetes y laboratorios, sin atender a la naturaleza del objeto, a los tiempos de evolución de las enfermedades, ni a las tendencias saludables de la naturaleza, así como los que llevan el influjo de la fuerza vital más allá de sus justos límites, por confiar demasiado en los esfuerzos naturales, reducen casi a la nulidad el proceder terapéutico. El principio establecido por Hipócrates, ocupa el buen término que la ciencia enseña y la prudencia aconseja. Constituido el médico en fiel intérprete de la naturaleza, la atiende con el mayor cuidado, calculando, por el conocimiento del mal, del sugeto y de las constituciones, los movimientos que han de producirse; para dejarla desembarazada, si sus tendencias saludables no encuentran reparo, ó auxiliarla, en caso conveniente, ya removiendo la causa, bien neutralizando los elementos morbosos ó descomponiéndolos de un modo indirecto. Harto difícil es, por cierto, el trabajo de tan árdua interpretación.

Después de grandes trastornos y cambios de los principios, llegamos ya a una época de desengaños en que estas grandes verdades se vuelvan a reconocer, anunciándose una nueva restauración, que tendrá la gran ventaja para la síntesis de recoger preciosos y abundantes materiales de la análisis más activa y variada que los siglos conocieron.

Un período de mas de trescientos años lleva sufriendo la ciencia para su reforma, desde que, variados los métodos filosóficos y desarrolladas las ciencias físicas y naturales, se quiso romper con la tradición para edificar de nuevo con los materiales de construcción moderna. Espíritus, sin embargo, fortalecidos en las sanas doctrinas que la experiencia enseña, resistieron la invasión de teorías extrañas y exageradas, marcando a los prácticos el recto sendero que Hipócrates había enseñado, para precaverlos de los abismos del error. Sydenham, Boerhave y Baglivi, representaron con otros este digno papel en sus épocas respectivas: el primero, haciendo frente a la invasión iatro-química; el segundo, fundiendo las ideas químicas y mecánicas de su tiempo en la síntesis hipocrática; y el tercero, abriendo paso a la luz que mas adelante había de dar a la ciencia un nuevo aspecto con los trabajos del gran fisiólogo Haller. El dinamismo también se extravió hasta el punto de negar a la sangre el importante papel que desempeña como elemento de vida, y considerarla como un mero vehículo de sustancias que los sólidos habían de tomar para elaborarlas. Los trabajos de Hunter no fueron suficientes para moderar la exageración. El dinamismo, por fin, se transforma en una sola propiedad general de incitabilidad y en dos oscuras diátesis de estímulo y contra-estímulo, adquiriendo al propio tiempo, por otro lado, una hiperbólica é incongruente exageración. Los adelantamientos de la anatomía patológica avanzan sobre el dinamismo exclusivista y exagerado; y confundiendo al instrumento con la causa motora de su acción, dan al materialismo una nueva forma, queriendo reducir la salud y la enfermedad al estado del órgano que funciona. No tardan en conocerse los flancos de esta nueva exageración; y la química, dirigiendo sus investigaciones sobre los humores, los rehabilita, afanándose por arrebatarse al anatomismo sus últimas conquistas.

Faltando el lazo de los principios que mantiene en comunidad a los espíritus filosóficos, y el respeto a la autoridad, que sostiene a los menos fuertes en conveniente disciplina, el eclecticismo no formulado, ó mejor dicho, la autocracia individual, ha remplazado a los sistemas caídos, habiendo solo un paso muy corto de este lamentable estado de confusión, al escepticismo y al empirismo, de que todos los días vemos pruebas repetidas.

Basta ya de veleidad en los principios y de inseguridad en el arte. En este largo naufragio, preciso es volver la vista al faro que nos indica dónde está la salvación.

Hágase comprender a los prácticos que todo cuanto conduce a aclarar los fenómenos de la vida, en cualquiera de los varios elementos que abraza este complejo conocimiento, es de apreciable utilidad; pero que deben precaverse, como de un contagio, del error de entregarse a uno solo de ellos, creyendo encerrar en tan pequeño recinto la verdad de la ciencia, porque así no descubrirán sino una faz del objeto.

Fijese bien la atención en que los órganos y los humores no son mas que medios de que la naturaleza dispone para cumplir su designio, hallándose preparados ya por su Sabio Artífice para este propio fin, y en que tanto unos como otros reciben su actividad y modo de ser de una influencia virtual que se la comunica.

Así se reconocerá que deben ser estudiados por el médico como instrumentos necesarios para el uso a que se destinan en el armónico modo de la existencia vital;



pero no habrá la exigencia de que su conocimiento lleve a nuestra razón más allá de los límites regulares, dándonos exclusiva y omnimoda intervención.

Las alteraciones, por lo mismo, que sobrevienen en la textura y conformación de los órganos en el estado morbo, no se tomarán nunca por la propia enfermedad, sino como efectos de una circulación entorpecida ó de una nutrición viciosa ó alterada, y como resultado necesario de modificaciones correspondientes en los elementos vitales que los producen. Las lesiones anatómico-patológicas nos servirán para seguir el rastro de la modificación vital que las produjese, mas no representarán jamás toda la esencia del padecimiento en cuyo transcurso aparezcan: serán el término del mal localizado y desenvuelto en su íntima composición, grado por grado; mas no el principio del cambio patológico que las determinará.

Contaremos también con que las alteraciones materiales que en los humores escrescenticios se puedan apreciar, podrán conducirnos a descubrir el cambio de la crisis sanguínea que las produzca, como el análisis químico de este humor central podrá darnos idea de las consecuencias patológicas que han de seguirse a las desproporciones de sus componentes, y hasta indicarnos en algunos casos el modo de empezar el desequilibrio que la causa morbífica determinará en el organismo; pero sin creer por esto que en toda la patología ha de tener este conocimiento la misma importancia, cuando no todas las afecciones son discrásicas, ni que en estas nos han de explicar toda la esencialidad del mal.

Los anfiteatros, los laboratorios y los gabinetes ilustran al médico: las clínicas le enseñan; y la instrucción sólida con la experiencia verdadera, que comprende todo el horizonte retrospectivo, son por fin las que, hermanadas, vivifican y fundan la razón práctica.

El sistema hipocrático abraza esta exacta fórmula, siendo origen de certidumbre y centro de verdadero progreso. Todo en él cabe, como sirva para conocer la vida y esté conforme con la experiencia razonada, que es el criterio con el cual han de medirse todas las invenciones. Que la análisis suministre nuevos materiales y trate de perfeccionar los que ya se poseen; pero que una síntesis bien dirigida armonice estos diversos resultados, para que, convergiendo en el verdadero centro, formen un foco de iluminación cada vez más vivo y esplendoroso.

Esta respetable corporación, señores académicos, puede contribuir en gran manera á tan provechoso impulso; á llenar esta necesidad, que es apremiante en el día. Elementos tiene en su seno, con inteligencias elevadas, con prácticos experimentados en hospitales y clínicas, con profesores ejercitados en los anfiteatros y laboratorios. El espíritu hipocrático se halla arraigado en ella desde su origen, resonando todavía en su recinto el eco de la autorizada voz del erudito y distinguido práctico Hernandez Morejon, y de otros no menos dignos de nuestro recuerdo.

Unamos, pues, nuestros esfuerzos para conseguir un bien que levantará la ciencia y servirá de gran provecho á la humanidad: trabajemos con constancia, porque el hipocratismo no conduce á la inacción, como equivocadamente se ha asegurado por los que no han acertado á comprenderle, sino al estudio y observación bien dirigidos.

Y si no bastase para demostrarlo la exposición del sistema que le representa, oigamos lo que el oráculo dijo á la posteridad en el primero de sus aforismos:

«El arte es largo; la vida corta; el juicio difícil; la experiencia falaz.»

Véase si en frases más laconicas y espresivas, puede hacerse recomendación más eficaz al médico para que aproveche el tiempo de sus breves días, evitando los errores que se le indican y salvando las dificultades que se le advierten, en beneficio de la humanidad á cuyo servicio se consagra.

Tomás Santero.

## PRENSA MEDICA.

### MEDICINA.

#### Vértigo estomacal.

En los *Archives générales de médecine* ha publicado el Sr. BRONDEAU, el curioso artículo siguiente:

Si en un gran número de circunstancias, el vértigo no es más que un epifenómeno de poca importancia en las enfermedades, en otros casos, numerosos también, parece que constituye toda la enfermedad, ó se presenta por lo menos como síntoma de tal manera predominante, que por solo el reclamo del enfermo la atención del médico. A esta última especie pertenece el *vértigo per consensus ventriculi* de BAILLOU. Dos variedades de esta especie pueden también establecerse: hay vértigos *ab inedia* análogos á los de la abstinencia (vértigo de la dispepsia), y vértigos *á crapula*, cuyo tipo más elevado es el vértigo de la indigestión.

En la primera variedad las sensaciones experimentadas por los enfermos varían al infinito: consisten en atollondramientos y una sensación de vacío en la cabeza ó frío glacial, ó bien les parece que les oprime fuertemente la cabeza un círculo de hierro, ó que una gran rueda negra dá vueltas ante sus ojos con una excesiva rapidez. Pero la forma más común de tales vértigos es la que se ha designado con el epíteto de *gyrosa*. Todo dá vueltas alrededor del enfermo, el cual cree ver arrebatada su cama en un movimiento de rotación, siguiendo un eje colocado horizontalmente desde la cabeza á los pies, etc. Si está en pie, sus piernas oscilan, se doblan, parece

que se cae, y hasta cae á veces, sin perder jamás la conciencia de lo que ha hecho.

La menor circunstancia se convierte en ocasión ó motivo de la aparición de semejantes accidentes, como una pared en que haya muchas rejillas, una fila de hierros, el empapelado ó pintura á rayas de una habitación. Basta que el individuo que padece estos vértigos levante la cabeza para que los experimente. Lo más comúnmente nada de esto sucede cuando el enfermo mira hacia abajo, contra lo que se verifica cuando el vértigo va ligado ó depende de un estado de plenitud del estómago, ó de un estado congestivo del encéfalo.

Preguntando á los que los padecen, se reconoce muy pronto que tales accidentes se hallan bajo la dependencia de perturbaciones del aparato digestivo. Van ligados á dolores de estómago, que la presión en el hueco epigástrico, que la ingestión de ciertas sustancias alimenticias exajera y hace que se propaguen hasta la espalda; acompañados una sensación de calor en el estómago, eructos habitualmente no nidrosos, vómitos mucosos y estreñimiento más comunmente que diarrea. Pero, por lo general, no es en el momento de la digestión cuando los accidentes vertiginosos se producen, y aun basta á veces tomar un ligero alimento para evitarlos ó disiparlos.

Esta especie de vértigo es frecuente en la *convalecencia* de las enfermedades de larga duración, siendo preciso, en estos casos, distinguirlos de los que dependen únicamente de la movilidad nerviosa; consecuencia del estado de debilidad, sin que la causa resida en los órganos digestivos más bien que en los demás aparatos.

En algunas circunstancias, por otra parte, la indigestión, el embarazo gástrico se revelan únicamente por fenómenos vertiginosos cuyo primer grado representan cierto malestar, la pesadez de cabeza y una sensación de tristeza. Más pasajeros, más accidentales que los vértigos á *dispepsia*, estos no se manifiestan sino después de las comidas, bajo la influencia de la ingestión de alimentos mal soportados, cesan generalmente cuando la digestión está ya hecha, al paso que los primeros, más espuestos á reproducción, nunca son más fuertes que cuando el enfermo está desde algun tiempo en ayunas.

Los vértigos de la indigestión se diferencian, por otra parte, de los llamados á *dispepsia* por su forma, que se parece á la del vértigo de congestión cerebral, del vértigo *tenebricosa*. Consisten en una pesadez de cabeza, una cefalalgia gravativa, ruidos de oídos y oimbilaciones, y se producen principalmente cuando el enfermo baja la cabeza. Algunas tazas de una infusión aromática, de café negro poco cargado, una corta cantidad de líquido estomacal y pequeñas dosis de bicarbonato de sosa, pueden bastar para hacer cesar los vértigos y demás perturbaciones que los acompañan.

No sucede casi con los vértigos de la *dispepsia*, propiamente dicha; estos reclaman un tratamiento que, dirigiéndose á un estado patológico más ó menos antiguo, debe continuarse durante un tiempo más ó menos largo. En el conocimiento de las causas es, por otra parte, donde estriba el de los medios que deben ponerse en práctica.

### CIRUJIA.

#### Flujo de sangre por el oído á consecuencia de violencias en la cabeza.

Curiosa es la observación siguiente publicada por el Sr. BOUVIER en los *Archives belges de méd. militaire*:

Un soldado, en la mañana del 28 de diciembre, recibió una violenta caída desde un caballo, dando con la sien izquierda contra el suelo; sobrevino una fuerte conmoción cerebral, lentitud y pequeñez del pulso, flujo sanguíneo abundante por el oído izquierdo, desgarradura de la membrana del tímpano. Durante la traslación del enfermo al hospital se declararon vómitos, que continuaron, sobre todo, después de la ingestión de la más ligera cantidad de tisana, hasta el día siguiente por la noche. El flujo de sangre, abundante el 28, disminuye el 29, y como los vómitos, no cesa hasta la noche del 30, no siendo reemplazado por un flujo seroso. En la noche del 30 al 31 sobrevienen convulsiones epiléptiformes, que duran de cuatro á cinco minutos.

Al séptimo día el enfermo pregunta á la enfermera dónde se encuentra, porque había perdido todo recuerdo de lo que le había pasado desde su caída. Desde entonces la inteligencia se restablece; el pulso, que había permanecido á 52, se levanta; el apetito se pronuncia; en una palabra, nada viene á entorpecer una rápida convalecencia, si se exceptúa un dolor sordo en el lado izquierdo de la cabeza, dolor que se exaspera á cualquier movimiento brusco, y que persiste todavía unos ocho días, y una ligera sordera que persiste hoy todavía.

De este hecho y de las reflexiones que le siguen, el Sr. BOUVIER saca las conclusiones siguientes:

- 1.º Este herido ha sido atacado de una fuerte conmoción cerebral, con confusión local del cerebro;
- 2.º La abundancia y aun la continuidad del flujo sanguíneo por el oído, con rotura de la membrana del tímpano, aunque constituyendo síntomas muy desfavorables y autorizando un pronóstico, si no grave, por lo menos muy reservado, no son sin embargo señales ciertas de fractura.

Estas conclusiones, añade la *Gazette médicale de la Gironde*, son quizá algo aventuradas. La curación fué pronta; pero no está demostrado que dicho herido no haya tenido una fractura de la porción petrosa del temporal. El flujo abundante y persistente durante tres días, son para nosotros síntomas que autorizan un pronóstico grave, y muy grave; así es que preferimos

atenéndonos á la proposición del *Compendium* de cirugía, recordada por el autor: «Cuando la membrana del tímpano es asiento de una rotura reciente, y hay persistencia y continuidad del flujo sanguíneo por el oído, es casi seguro que la sangre procede del cráneo, y el flujo auricular anuncia la existencia de una fractura de la porción petrosa del temporal.»

### FISIOLOGIA.

#### Sangre venosa: nota sobre la coloración roja de este líquido.

Repitiendo los experimentos del Sr. CL. BERNARD, en virtud de los cuales la sangre venosa de las glándulas es roja como la sangre arterial, cuando estos órganos funcionan, y negra cuando no segregan, los Sres. GLUGE y THIERNESSE han obtenido resultados diferentes de los anunciados por el profesor del Colegio de Francia. Respecto al riñón, han reconocido que la sangre venosa es de un color rojo-púrpura (pero nunca tan roja como la sangre arterial) cuando este órgano segrega, al paso que es tan oscuro como en la vena cava inferior cuando su secreción se halla suspendida. Respecto á las glándulas parótida y submaxilar, la sangre venosa permanece, oscura aun cuando, bajo la influencia de un escitante especial, las glándulas segregan una gran cantidad de saliva.

Los experimentos de los Sres. GLUGE y THIERNESSE, en número de diez, han sido hechos en caballos y perros, un carnero y un conejo; para provocar la secreción salival colocaban en la boca del animal un bolo de asafétida, de sal común ó agua acidulada, y observaban en seguida, ya el color de las venas puestas al descubierto, ya el de la sangre que de ellas fluía á beneficio de una punción (*Bulletin de l'Académie royale des sciences de Belgique*, 1858).

Estos experimentos de los Sres. GLUGE y THIERNESSE (añade la *Gazette hebdomadaire*) han dado resultados completamente diferentes de los obtenidos por el señor CL. BERNARD (1), al menos relativamente al estado de la sangre en las glándulas submaxilares durante su período de actividad.

Por lo que concierne á la sangre de la vena renal, conviene hacer observar que estos autores han visto, lo mismo que el fisiólogo francés, que presenta un color rojo mientras estos órganos funcionan; solo si han notado un tinte algo menos rutilante que el de la sangre arterial, y esto se explica fácilmente sabiéndose, en virtud de las investigaciones del Sr. BERNARD, que la sangre venosa renal contiene un poco menos oxígeno que la sangre arterial.

Desde la época en que el Sr. BERNARD presentó su primera comunicación acerca de las variaciones de color de la sangre venosa, según las diferentes condiciones de los órganos donde se forma, la cuestión ha dado nuevos pasos. Si los Sres. GLUGE y THIERNESSE han repetido sus experimentos un gran número de veces, deben haber descubierto la causa que los ha inducido en error; pues, no podemos menos de decirlo, se equivocan seguramente. Nada hay más real que el cambio de la sangre negra de las venas de las glándulas submaxilares en sangre roja durante la secreción salival. El Sr. CL. BERNARD, como sabe el lector, ha observado más recientemente los hechos más curiosos acerca de la acción de los nervios de estas glándulas (*Académie de Ciencias*, 9 de agosto de 1858; *Gazette hebdomadaire*, número 34, página 592). Hay dos especies de nervios que se dirigen á cada glándula submaxilar: el filete tímpanico-lingual que procede de la cuerda del tímpano por el intermedio del nervio lingual, y, por otra parte, los filetes del gran simpático. Así, pues, cuando se excita el filete tímpanico-lingual, los vasos se dilatan, la sangre arterial que llega á la glándula la atraviesa más rápidamente y no se despoja de su oxígeno; de forma que pasa roja á las venas. Si se excitan, por el contrario, los filetes simpáticos, se produce el efecto tan conocido, á saber, la contracción de los vasos y una lentitud en la circulación capilar, y la sangre venosa se vuelve negra si se le había hecho roja anteriormente.

Estos hechos y otros que se hallarán en la comunicación del Sr. BERNARD, son de los más nuevos é interesantes; pues hacen ver que hay nervios que presiden á la contracción, y otros cosas inesperadas que determinan la dilatación de los vasos. Cualquiera que sea la interpretación que la fisiología dé tarde ó temprano á estos hechos, deben ser registrados en el número de los resultados más averiguados de la ciencia; no puede quedar duda alguna en el ánimo de los que, como nosotros, han visto al Sr. BERNARD hacer estos experimentos.

Por la Prensa médica, E. CASTELO SERRA.

### VARIEDADES.

Teníamos escrito un artículo en que hacíamos una extensa reseña crítica de la sesión celebrada el miércoles 23, por la Real Academia de medicina de Madrid; pero graves consideraciones han pesado bastante en nuestro ánimo para apartarnos de aquel propósito. Antes que todo son las conveniencias y el decoro de la clase, y por otro lado no queremos que con sombra de razón pueda tachárenos de imprudentes: antes preferimos ofrecer un noble ejemplo de longanimidad, de templanza, de benevolencia y aun de cortesía.

Ni ha sido bastante poderoso á hacernos desistir de

(1) Véase el tomo V de El Siglo Médico, página 116, donde dimos cuenta de los experimentos del Sr. BERNARD, á que se hace relación.



tan hidalgo intento, el párrafo de crónica que nuestro apreciable colega *La Iberia médica* ha publicado sobre el asunto en su último número; si bien son á todas luces inexactas y tocadas de clara parcialidad las apreciaciones que se permite, y mucho más aún la censura que hace de la conducta de algunos académicos mal dispuestos para sufrir insultos de mal género.

Mucho dudamos que tenga imitación y sea debidamente apreciada nuestra prudentísima conducta, si quiera sea ese nuestro deseo, porque nada nos disgusta tanto como vernos en la necesidad de aparecer agresivos, sobre todo respecto á personas, con toda verdad lo decimos, que son para nosotros muy apreciados.

En lid noble y leal; en la pacífica lid de la inteligencia; sin gritos, sin provocaciones, sin insultos, sin jactancia; con respeto á todas las opiniones y á todos los hombres, pueden discutirse todos los asuntos, pueden emitirse todas las ideas, pueden examinarse libremente todas las doctrinas científicas. Hay que convencerse de que *todo depende del modo de presentar las opiniones: no de la esencia de la doctrina.*

Todavía esperamos que la discusión pendiente sea tranquila y digna, como corresponde á una Academia médica. ¡Quiera Dios que no nos engañemos, ni tengamos necesidad de hablar más de tan enojoso asunto!

### ¡No más intrusos!

En la parte oficial del número anterior dimos cabida á una real orden contra los intrusos, expedida por el ministerio de la Gobernación, con cuyo espíritu, digno de aplauso, estamos de todo punto conformes, pero cuya redacción no nos ha parecido que le espresa bastantemente bien, antes la estimamos á propósito para contrariarla. Probémoslo:

Comienza diciendo que entre los médicos, cirujanos y farmacéuticos titulares, existe un considerable número que carecen de los títulos académicos para ejercer legalmente las referidas profesiones.... ¿No hay en todo esto una notable confusión? Entre los médicos, cirujanos y farmacéuticos no pueden existir los intrusos, porque careciendo de estudios y de títulos, mal podrían figurar en tales clases. Lo que hay es que se finjen médicos, cirujanos, etc.; que usurpan un título que no tienen, en grave daño de la humanidad, cuyo delito está previsto y castiga, si bien con suavidad excesiva, el Código penal. Y esas gentes no solo carecen de títulos académicos, sino de *todo género de título ó autorización*; que una cosa es tener título, y otra que sea este *académico*. Muchos profesores hay *legítimamente autorizados*, y sin embargo su título no es *académico*. ¡Sin duda quien redactó esa real orden no conoce bien lo que son títulos *académicos*!

Reconocida la existencia del mal, parecía lo más natural y corriente que se arrancara de raíz y con presteza, diciendo á los Gobernadores, no ya que tenían el deber de penar gubernativamente, con arreglo á las leyes, á los intrusos, sino también el de someter á los tribunales, para que les formen la correspondiente causa con arreglo al Código, todos aquellos que en los pueblos ejerzan sin título, fingiéndose facultativos; pero nada de eso, se les previene solamente que adopten las medidas que su celo les dicte para impedir el ejercicio de las profesiones médicas á los que sin el título competente (el *académico*, según se ha dicho antes) se intrusan en ellas, *remitiendo al Gobierno una nota de cuantos se hallen en este caso en el territorio correspondiente para proceder contra ellos.*

Es decir, que después de haber encargado á los Gobernadores que, *haciendo uso de las facultades que les confiere la legislación vigente*, adopten las medidas que les dicte su celo para impedir el ejercicio de las profesiones médicas, viene á decirseles á renglón seguido, que no procedan con arreglo á la legislación ni adopten medida alguna, antes se reduzcan á remitir la susodicha nota para que el Gobierno proceda con arreglo á las leyes.

¡Buen modo de proceder! ¡Y entre tanto seguirán los intrusos haciendo sus estragos, con perdon de la legislación entera; y entre tanto se aumentan la confusión y el embrollo; y entre tanto nada de provecho se hará, sino es hacer que hacemos!

La segunda parte de la citada real orden se refiere tan solo á prohibir una vez más la elaboración y venta de los medicamentos no autorizados por la ley de Sanidad. ¿No hubiera sido más practicable esto, espresando cuáles son, y no hubieran debido mencionarse otras leyes también prohibitivas?

¡Válganos Dios!

**Dos palabras sobre las deducciones del Sr. Seco y Baldor en sus estudios sobre el cólera de los siglos pasados.**

Es preciso violentar mucho las analogías é inducciones para conceder al Sr. Seco y Baldor, que sean una misma especie nosológica el cólera epidémico que hemos observado en nuestros días, y el de los siglos pasados, tal cual nos lo ha presentado dicho señor, transcribiéndonos en su idioma los escritos sobre el particular de los autores antiguos: para ello es forzoso salvar muchas contradicciones y prescindir de diferencias, pequeñas si se quiere para el Sr. Seco, de importancia para mí; lo que si valiese en historia natural, equivaldría á suprimir las distintas especies y aun géneros, órdenes y clases, pues que de asimilación en asimilación iríamos á parar en que todos los seres de un reino y sección constituirían una sola y única especie, puesto que dejando á un lado *pequeñas diferencias* todos son esencialmente iguales. Es necesario ser lógicos en todo: si para llevar adelante nuestra opinión sentamos un precedente mal asegurado, hemos de aceptar el consiguiente por absurdo que nos parezca. Siempre he querido y considerado al Sr. Seco, mas en este caso dejo la amistad y la autoridad por lo que creo la verdad. Como esto es cuestión de apreciación, no entraré en nuevas réplicas: á los que no estén conformes conmigo, los emplazo desde luego á que recuerden lo que hemos visto, y desapasionadamente lo comparen con las descripciones de los autores antiguos, publicadas por el Sr. Seco; más aun, los emplazo á que confronten estas unas con otras, y vean si se puede prescindir de sus *pequeñas diferencias*.

Santiago García Vazquez.

**Enfermedades reinantes en las salas de medicina del Hospital general durante el mes de enero.**

Los profesores de medicina del Hospital general de esta corte han elevado al director de dicho establecimiento el siguiente parte mensual:

«En todo el mes de enero que ha terminado, el tiempo ha sido constantemente frío y seco, los días en su mayor parte despejados y serenos, algunos con ligeras nieblas, y en muy pocos sobrevinieron lluvias de corta duración: los hielos se sucedieron sin interrupción, y el termómetro de Reaumur llegó á señalar en las madrugadas 3 grados bajo cero, sin exceder por lo común la temperatura máxima de 5 ó 6 grados sobre cero. La columna barométrica se sostuvo á bastante altura, señalando por lo común algo más de 26 pulgadas y 4 líneas, y cuando bajó de este punto, su descenso fué de escasa duración. Los vientos predominantes vinieron en la dirección N., NE. y NO.

Desde la más remota antigüedad se sabe que en las estaciones frías y secas, las enfermedades de naturaleza flogística se desarrollan de preferencia, y esta verdad ha sido ahora comprobada una vez más, habiéndose presentado muchas flegmasias de los órganos contenidos en la cavidad torácica, como son las pulmonías, las pleuritis y las bronquitis agudas, todas ellas de notable gravedad, y las primeras sobre todo de curso rápido, y lo que es peor, de terminación funesta, sino se las combatía desde su principio con la energía necesaria. Otras varias enfermedades de la misma índole inflamatoria se manifestaron en diversos sujetos, y entre ellas sobresalieron los reumatismos articulares agudos, las anginas, las fiebres gástrico-inflamatorias y también las eruptivas, no habiendo disminuido por lo tanto el número de los variolosos, mientras que se ha aumentado el de las erisipelas y sobre todo el de los acometidos del sarampión, dolencia que parece adquirir el carácter de epidémica. Lo riguroso de la estación ha influido de un modo señalado en las enfermedades crónicas, y particularmente en las de pecho, de modo que muchos pacientes que habían ido atravesando los anteriores meses sostenidos por los auxilios de la ciencia, vinieron á sucumbir en el que nos ocupa.

La enfermería ha experimentado un pequeño aumento en el tiempo de que tratamos, pues habiendo entrado 4,045 enfermos de ambos sexos en las salas de medicina durante el mes último, salieron con alta 740, quedando para febrero 631 individuos de ambos sexos en las espresadas enfermerías, mientras que la existencia en fin de diciembre era tan solo de 491. Los fallecimientos están con los entrados en la relación de uno á seis y medio próximamente.»

### Almanaque médico del mes de marzo.

El equinoccio de primavera, que entra en este mes, hace que así como en el mar y en las costas el temporal sea duro y tormentoso, tierra adentro revuelto y variable, y mucho más si soplan los fuertes vientos del 1.º y 4.º cuadrante, que son los más comunes. Es posible que en esta corte continúe haciendo poco más ó menos el mismo tiempo que en febrero: esto es, que la atmósfera se la vea muchos días despejada ó con ligeras ráfagas y celages, y otros nebulosa, anubarrada y lluviosa; que la columna termométrica marque de 2 á 15º

sobre el grado de la congelación, y que la barométrica oscile entre las 26 pulgadas y 26 pulgadas y 5 líneas.

Si semejantes vicisitudes atmosféricas y meteorológicas fueran las predominantes, los catarros de todas las membranas mucosas; las calenturas catarrales, gástricas y tifoideas, particularmente si el tiempo fuera húmedo y templado; los dolores reumáticos y nerviosos; las toses convulsivas, con especialidad en los niños, las pleuresias y neumonías, estarían á la orden del día.

En marzo son también muy frecuentes las fiebres exantemáticas, abundando entre ellas la escarlata, las viruelas y el sarampión, sin que de estas últimas se vean libres ni aun los adultos, pues que llegan á reinar en algunas ocasiones y localidades epidémicamente.

Como las afecciones agudas que se presentan en marzo son por sí graves y frecuentes, y muchas de las dolencias crónicas vienen á concluir su fatal carrera en este mes, las defunciones son más numerosas que en el anterior: hé aquí el motivo por qué los que padecen de afectos crónicos del pecho, deben continuar guardando las mismas precauciones observadas en el invierno, á fin de preservarse de las variaciones atmosféricas, tan comunes como temibles para esta clase de individuos.

Algunos tienen la costumbre, por precaución como suelen decir, de sangrarse ó de purgarse, pues de esta manera creen se preservan de varias dolencias en el estío y aun en el otoño: sin dejar de respetar hasta cierto punto semejante costumbre en algunas personas, pues que de abolirla repentinamente pudieran resultar inconvenientes más ó menos graves, con todo, faltaríamos á nuestro deber si no levantásemos la voz contra el abuso que acostumbra hacerse. Seremos muy pareos en aconsejar estos ó semejantes medios, y ya adoptados por costumbre, deberá procurarse irlos aboliendo paulatinamente, y por medio de una graduación diestramente calculada y dirigida por persona idónea y competente: son medios poderosos, que no tienen los inconvenientes de los indicados; y que hasta cierto punto pueden suplirlos, las bebidas atemperantes y diluentes, el uso de los enemas refrigerantes, el ejercicio moderado y hacer una vida sobria y morigerada.

Por todas las Variedades:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

### CRONICA.

**Estado sanitario de Madrid.**—Como días de primavera han sido los de la presente semana, aunque no por eso dejaron de estar frías las madrugadas, y aun en algunas llegó á helar. La atmósfera sumamente limpia, serena y despejada: el termómetro marcando una temperatura media de siete grados: la presión atmosférica manifestándose la misma en el barómetro que en los días anteriores; y los vientos del primer cuadrante.

Comienzan ya á observarse las enfermedades propias de la primavera: notáronse bastantes casos de fiebres inflamatorias, gástricas, catarrales y reumáticas; y aunque no han desaparecido del todo los catarros, que tan comunes fueron en las precedentes semanas, algo han disminuido, así como las pleuresias y neumonías: por el contrario, se aumentaron las hemorragias, particularmente las procedentes de los órganos supra-diafragmáticos; así es que hubo algunas epistaxis, hemotisis y hematemesis.

Las fiebres exantemáticas han continuado, en especialidad las viruelas y el sarampión, de que han sido acometidos muchos niños.

La mortandad ha sido escasa, aun en los enfermos crónicos.

**Destitución y nombramiento.**—Ha sido declarado cesante el rector de la Universidad literaria de Valencia, el Sr. D. Francisco Carbonell, y en su lugar se ha nombrado interinamente al Dr. D. José Picueta, catedrático de Botánica y actual vice-rector: mucho celebráramos se le confiriese la propiedad de aquel cargo, pues además de ser uno de los médicos más acreditados y distinguidos, y llevar en la enseñanza de aquella Universidad más de treinta y seis años, reúne la circunstancia atendible de hacer mucho tiempo que es vice-rector.

**Timbre.**—Hé aquí lo que han pagado por derecho de timbre en el mes de diciembre último, los diferentes periódicos médicos que se publican en España.

<i>El Eco de los cirujanos</i> (Burgos).....	196
<i>La Revista médica</i> (Cádiz).....	21-76
<i>El Siglo Médico</i> (Madrid).....	672
<i>El Monitor de la Salud</i> (id.).....	254
<i>La España médica</i> (id.).....	206-40
<i>La Iberia médica</i> (id.).....	162
<i>El Restaurador farmacéutico</i> (id.).....	81-60
<i>El Correo médico</i> (id.).....	78
<i>El Memorial de Sanidad</i> (id.).....	58-40
<i>La Actualidad</i> (Valencia).....	92-20

Además han pagado para las Antillas:

<i>El Siglo Médico</i> .....	57-60
<i>El Memorial de Sanidad</i> .....	5-20

**Gracia.**—Por Real decreto fecha 15 del corriente se ha dignado S. M. nombrar Caballero de la Real y distinguida orden española de Carlos III al doctor en medicina y cirugía D. Juan Villa y Villa, oficial auxiliar del Consejo de Sanidad del Reino, y co-redactor de este periódico.

**¿Qué se hizo de la Alianza?**—Ignoramos qué curso sigue y en qué estado se encuentra el expediente relativo á la aprobación de los Estatutos de la Alianza de las clases médicas. Tenemos no obstante grandísima esperanza de que por fin han de aprobarse por el Gobierno, fundándonos primeramente en que ninguna dificultad puede ofrecer su aprobación,



según ha propuesto la corporación que ha sido consultada, y después en la poderosa influencia que media en el asunto y en el ardiente empeño que ha mostrado siempre de mejorar la situación de las clases médicas.

**Expedición á Cochinchina.**—Según dice uno de nuestros colegas, de los 1,500 españoles que forman el ejército español en Cochinchina, solo se contaban el 10 de diciembre 60 enfermos; mientras que de los 2,000 franceses había 400 en los hospitales. Habían muerto 60 oficiales y soldados franceses, y tan solo un capitán y 5 soldados españoles.

**Cosa muy creíble para los médicos.**—En un diario de Namur se ha dicho que habiendo sepultado cierta desnaturalizada madre á un niño vivo recién nacido, pasadas tres horas de enterramiento le descubrió un perro escarbando, y la criatura empezó á respirar y está fuera de peligro.

**Conferencias sanitarias.**—Después de transcribir un párrafo de nuestra crónica relativo al asunto, dice un periódico que aun no está decidido el día en que tengan principio en París las anunciadas Conferencias sanitarias, y que menos decidido se halla si han de concurrir médicos á ellas. Nosotros solamente sabemos que el Consejo de Sanidad ha informado oponiéndose á reunión tan próxima, y sosteniendo la necesidad de que la ciencia esté en ellas representada en mayor proporción que los diplomáticos y cónsules. En sentido análogo parece que se ha espresado algun otro Gobierno más; sin embargo, dudamos que el francés desista de su primer propósito, olvidando en gran manera el pensamiento principal que preside á sus proyectadas Conferencias.

**Forenses.**—Ya está discutiendo la comisión correspondiente el reglamento de médicos forenses, del cual nos ocuparemos cuando le conozcamos.—El *Droguero farmacéutico* quiere que haya farmacéuticos forenses, y hemos oído que también los cirujanos y aun los veterinarios desean ser forenses.

**Premio.**—Los dos grados de doctor que han de conferirse *gratis* en la facultad de medicina, en conmemoración del natalicio del Príncipe de Asturias, han sido adjudicados á los jóvenes profesores D. Benigno Villafranca y D. Gabino Rufilanchas, únicos que han firmado las oposiciones á los referidos grados.

**Estadística.**—Por cada 10,000 habitantes tiene la provincia de Albacete 66, que pasan de 90 años; Canarias, 57; Málaga, 48; Murcia, 45; Cádiz, 45; Baleares, 59; Alicante, 57; Guipúzcoa, 55; Córdoba, 53; Sevilla, 51; Santander, 29; Barcelona, 29; Almansa, 29; Pontevedra, 29; Ciudad-Real, 27; Lérida, 26; Oviedo, 25; Valencia, 24; Lugo, 25; Vizcaya, 23; Gerona, 21; Coruña, 21; Granada, 21; Huelva, 18; Badajoz, 17; Orense, 15; Cuenca, 15; Salamanca, 14; Zaragoza, 12; Navarra, 12; Huesca, 12; Avila, 11; Soria, 10; Castellón, 10; Madrid, 10; Guadalajara, 10; Cáceres, 9; Toledo, 9; Palencia, 8; Logroño, 8; León, 8; Valladolid, 7; Teruel, 7; Zamora, 6; Alava, 6; Burgos, 4; y Segovia, 0. Según el estado anterior, la longevidad en las provincias marítimas es mayor que en las del interior, exceptuando únicamente la de Albacete.

La relación entre el número de varones y de hembras en general es: por cada 1,000 de estas, 986 de aquellos. Por cada 1,000 viudas, hay 773 viudos; por cada 1,000 casadas hay en la provincia que más 118 y 297 en la que menos. En las provincias marítimas aparecen los matrimonios más fecundos que en las interiores, siéndolo más en las del Norte que en las del Sur.

**Un médico ministro plenipotenciario.**—No en todas partes son tan extravagantes ó injustos los gobiernos, que crean incapaces á los médicos de todo lo que no sea tomar pulsos. El Dr. Berrizbeitia acaba de ser recibido por el Emperador de los franceses como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la república de Venezuela. ¡Ministro plenipotenciario en una corte como la de Francia, sin ser gacetero de algun diario político, poetaastro ó cosa semejante!

**La peste en Berberia.**—Según noticias que alcanzan al 12 de enero, la peste había desaparecido casi en Benghazy; pero en Derna (cuya población es de 5,000 almas) ocurrían diariamente 10 defunciones, y continuaba también haciendo estragos en el distrito de Merdj. Las ovejas y los camellos morían á millares.

**Conquista de la vacuna.**—Léese en el periódico de medicina inglés *The Lancet*, que á instancias de su primer médico el Sr. Tholozan, ha permitido el Shah de Persia la introducción de la vacuna en sus Estados, no hallando ya esta operación contraria á las leyes musulmanas, y aun se propone dar un grande ejemplo haciendo vacunar á sus hijos.

**Progresos de la piscicultura.**—El Sr. Coste, profesor de embriología comparada en el Colegio de Francia, sigue dando grande impulso á la piscicultura. Las ostras, más estimadas cada día, no tardarían mucho en desaparecer sin la prodigiosa siembra que dicho profesor ha comenzado á hacer en el litoral de Francia, y que harán imitarle otros países. Ha arrancado de los referidos testáneos de los bancos que forman en Pregner, Cancale, etc., y los ha hecho trasportar á la bahía de Saint-Brien con admirable éxito. Las nuevas ostras tienen ya de dos á tres centímetros de estension.

**Nuevo periódico médico en Portugal.**—Advertimos con satisfacción suma, que en el vecino reino de Portugal va creciendo rápidamente el movimiento científico, y esperamos que no pasará mucho tiempo sin que las dos naciones hermanas que forman la Península ibérica, sean de las que más ayuden al progreso médico. En Oporto ha empezado á publicarse un nuevo periódico con el título de *Gazeta médica do hospital de Santo Antonio*, cuyo primer número tenemos á la vista y nos ha parecido perfectamente. Causa admiración que en un reino que cuenta poco más de cuatro millones de habitantes, se sostengan bien tres periódicos de medicina de tanta importancia como lo son la *Gazeta médica de Lisboa*, el *Escoliarista médico* y el que ahora comienza.

Felicitemos á nuestros compañeros lusitanos por su actividad científica, y deseamos en el alma que entre los médicos de ambos países se estrechen las relaciones, no solamente científicas, pero también personales.

**Esqueleto de palo.**—El Sr. Flower, preparador de piezas anatómicas del Colegio de cirujanos de Londres, acaba de construir un esqueleto del tamaño natural, de madera de sicomoro. Destinase este singular esqueleto al rey de Ara, que desea conocer el armazón del cuerpo, no siendo lícito á su casta tocar huesos humanos.

**Tifus.**—Se halla fuertemente invadido de esta enfermedad el pueblo de Cogeces del Monte, provincia de Valladolid.

**Aclimatación.**—Dice un periódico: «Cunde la idea de establecer en Canarias un depósito donde por cierto tiempo se aclimaten nuestros soldados antes de pasar á las Antillas, con objeto de disminuir los estragos de la fiebre amarilla.» Y nosotros decimos: Fuera esta en el Gobierno una

tontería supina, porque después de tener uno ó dos años en Canarias tres ó cuatro mil hombres (no sirviendo, sino gastando y aclimatándose), irían estos á Cuba con la mismísima aptitud para contraer la fiebre amarilla que si no se hubieran detenido un cuarto de hora en las afortunadas islas, y los guarismos tardarían bien poco en acrecentarse. Ahora, si se trata de aclimatación para 100 ó 200 hombres que hayan de ir á Guinea, ya es otra cosa.

**Cuarentena para la rabia.**—El doctor Plaskonky, que viaja comisionado por el Gobierno ruso para estudiar las cuestiones relativas al tratamiento de las enfermedades mentales, cuenta que en la casa de locos de Varsovia hay un departamento donde son encerradas, por disposición de la Autoridad, todas las personas que han sido mordidas por perros rabiosos ó presuntos tales. El año pasado llegó hasta 20 el número de personas encerradas en los meses de julio y agosto, cuya alta temperatura es la que más favorece el desarrollo de la hidrofobia.

Cuarenta días permanecen allí encerradas, en celdillas aisladas, las personas mordidas; y terminada la cuarentena, si no se ha manifestado en ella ningún síntoma sospechoso, el médico les espide un certificado para que puedan volverse á sus casas.

Esta medida de higiene pública lleva un fin laudable; pero se nos figura que podría modificarse y suavizarse mucho en la forma.

**¡Allí como aquí!**—Después de anunciar un periódico médico de Turin que el senador Gioja deja el cargo de presidente del Consejo superior de Sanidad, que en Cerdeña tiene funciones directivas, añade:

«Este sería el momento oportuno para que el Gobierno pensara de una vez seriamente en poner los hombres en el lugar que les corresponde, confiando la dirección de la salud pública á un médico... ¡Oh! ¡veremos si se halla algun otro abogado para presidir un Consejo que se ocupa de cosas casi exclusivamente médicas! No pedimos, ni favor ni extraordinarias consideraciones, ni benevolencia para la clase médica: pedimos justicia. Allí donde se trata de discutir puntos legales, deben ir los abogados; pero donde se tratan asuntos médicos deben estar los médicos, así en los puestos altos como en los bajos. Si necesarios son los abogados, no deben por eso dominar á los médicos...»

Y nosotros, que en este asunto estamos algo peor, diremos que ojalá, ya que médicos no sean, fueran abogados los que en España tienen la sanidad á su cargo... Los médicos entre nosotros están reducidos al papel de peritos, que informan en materias de sanidad é higiene pública, para que resuelvan los imperitos.

En el siguiente número del mismo periódico italiano hemos visto que efectivamente para aquel alto puesto sanitario fué nombrado el *abogado* Pernati di Momo.

**Nuevo hospital.**—En Smirna se acaba de inaugurar un establecimiento de este género, debido al celo de varios sacerdotes cristianos, secundado por los europeos allí establecidos. El arzobispo de aquella diócesis bendijo el nuevo hospital en el acto de la inauguración.

**Médicos poetas.**—El doctor Broeckx, de Amberes, acaba de dar noticia, según leemos en la *Presse médicale Belge*, nada menos que de cuarenta ó cincuenta médicos poetas de aquel país. Con este motivo el referido periódico exclama... ¡Pero qué poetas!—Creemos que sucede en todas partes andar reñidas la poesía y la medicina. ¡Ni poeta médico, ni médico poeta! Tiene razón la *Presse*: Apolo no pudo ser á la par dios de la medicina y de la poesía, y hubiérase hecho bien en dimitir uno de los dos cargos. En el Olimpo, como en Bélgica y en España, lo poeta estorba á lo médico hasta el extremo de ser cosas incompatibles. También estorba á lo químico.

**Clasificación.**—Nos parece exactísima la de los homeópatas que vemos en un periódico extranjero. Dividen-se los discípulos de Hahnemann en dos categorías: una que comprende á los falsos sabios, á quienes siempre destumbla lo maravilloso, por absurdo que sea; y otra compuesta de los descarados especuladores, que adoptan cuantos medios son necesarios para explotar las debilidades y los errores del público.

**Cálculo intestinal.**—El Sr. Cloquet ha presentado á la Academia de medicina de París una concreción intestinal, hallada en la autopsia de un caballo, que pesaba 680 gramos (25 onzas), y estaba compuesta de fosfato de cal y fosfato amoníaco-magnésico, dispuesto por capas, separadas por otras de una especie de tejido de fibras leñosas, aglutinadas de una manera inextricable.

**Uso de las hojas de aloe en las quemaduras.**—El periódico *L'ami des sciences* refiere algunos casos de quemaduras muy extensas y profundas, curadas casi instantáneamente con la aplicación de una hoja de aloe, partida por medio y adaptada á la parte afectada por su superficie jugosa. Si estos hechos se confirmaran, toda persona previsora debería cuidar en su casa una planta de aloe, la cual se conserva muy bien en un tiesto cualquiera.

**Preparación del curare.**—Según el Sr. Terral, quien parece haberlo oído á testigos oculares dignos de fé, los indios del Brasil preparan el curare del siguiente modo. Matan un animal grande, como un caballo ó un búfalo, y le suspenden en un lugar frecuentado por las serpientes de cascabel, de tal manera, que solo puedan morderle y no destruirle. A los tres ó cuatro días toman la carne mordida, la dejan podrir en vasos á propósito, y luego la mezclan con el zumo del *verjuno de macarure*, que es un veneno vegetal muy activo. Si esto es así, se reúnen tres causas para hacer mortífero el curare: sustancias animales putrefactas, un veneno vegetal y ponzoña de serpiente.

## VACANTES.

Lo están. La plaza de *médico-cirujano* de Piedrahita y sus arrabales, provincia de Avila, por renuncia del que la obtenia; su dotación 10,000 rs. pagados por meses de fondos municipales. Las solicitudes hasta el 30 de marzo.

—La de *médico-cirujano* de Pravia, provincia de Oviedo; su dotación 6,000 rs. y el premio de las visitas que convenga con el ayuntamiento. Se admiten solicitudes hasta el 25 de marzo.

—La de *médico-cirujano* de Competa, provincia de Málaga; su asignación no bajará de 50 rs. diarios. Las solicitudes hasta el 25 de marzo próximo.

—La de *médico-cirujano* de Santa Bárbara, provincia de Huelva; con la dotación de 3,630 rs. anuales, y además las iguales, que ascienden á 3,000 rs. Se admiten solicitudes hasta el 25 de marzo.

—La de *médico-cirujano* de Pinilla Trasmonte, provincia de Burgos; su dotación es convencional por ser de nueva creación. Las solicitudes hasta el 8 de marzo.

—Una de las dos plazas de *médico-cirujano* de Sabote, provincia de Jaén; su dotación 8,800 rs., 2,200 rs. de fondos públicos y los 6,600 rs. restantes por iguales con el vecindario, cobrados por el ayuntamiento. Las solicitudes hasta el 20 de marzo.

—Las dos plazas de *médico-cirujano* de Mondragon, provincia de Guipúzcoa; la dotación de cada una 8,400 rs. pagados por trimestres por el ayuntamiento; los partos se pagarán según costumbre. Las solicitudes deberán espresar en qué facultades han hecho la carrera; el año en que la principiaron y el en que la concluyeron, sin cuyo requisito serán desatendidas, dirigiéndose aquellas al presidente del ayuntamiento hasta el 10 de marzo.

—La de *médico* y la de *cirujano* de la ciudad de Coria, provincia de Cáceres; su población 639 vecinos; la dotación del primero 5,500 rs. y la del segundo 1,500 rs. pagados por trimestres venidos del fondo de propios por solo asistir á los pobres calificados como tales por el ayuntamiento, y además las iguales con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 15 de marzo.

—La de *médico* de Busto y ocho anejos, provincia de Burgos; su dotación 250 fanegas de trigo á la vez cobradas por los ayuntamientos. Las solicitudes hasta el 14 de marzo.

—La de *cirujano* de Aguilar de Bureba, provincia de Burgos; su dotación 90 fanegas de trigo cobradas por el ayuntamiento en setiembre y casa. Las solicitudes hasta el 10 de marzo.

—La de *cirujano* de Busto y un anejo, provincia de Burgos; su dotación 140 fanegas de trigo á la vez cobradas por los ayuntamientos en setiembre. Las solicitudes hasta el 30 de marzo.

—La de *cirujano* de Cabezas del Pinar, provincia de Soria; su dotación 800 rs. por solo asistir á doce familias pobres, 1,200 rs. pagados por el presupuesto municipal, y 100 fanegas de trigo pagadas por los vecinos y casa. Las solicitudes hasta el 15 de marzo.

—La de *cirujano* de Trebajo y dos anejos, provincia de Soria; su dotación 112 rs. pagados de fondos municipales por trimestres por asistir á los pobres, y 450 medias de trigo cobradas por el profesor de los vecinos. Las solicitudes al presidente del ayuntamiento hasta el 15 de marzo.

—La de *cirujano* de Alcañizo, provincia de Toledo; su dotación 5,000 rs. pagados trimestralmente, los 1,400 rs. del presupuesto municipal por asistir á los pobres y los 3,600 reales restantes de iguales entre los vecinos cobrados por el ayuntamiento. Las solicitudes hasta el 5 de marzo.

—La de *cirujano* titular de la villa de Benafarces, provincia de Valladolid; su dotación 160 fanegas de trigo anuales que cobrará y pagará el ayuntamiento al agraciado en fin de setiembre de cada año. Además, percibirá una fanega por cada vecino que se afeite en su casa dos veces á la semana, y media por el que lo haga una sola vez. Percibirá 10 reales por cada parto de las primiparas, y 8 por los demás. El vecindario es de 100 vecinos escasos. Se proveerá el día 15 de marzo próximo. La escritura de contrato empezará en 1.º de julio venidero, y desde la fecha del nombramiento, hasta fin de junio, se le pagarán al agraciado, cuando guste, 55 fanegas de trigo.

—La de *practicante* del hospital de la Nava del Rey, provincia de Valladolid; su dotación 1,500 rs., manutención, cama y ropa limpia. Las solicitudes al secretario de la Junta de Beneficencia hasta el 10 de marzo.

—La de *farmacéutico* de Mondragon; su dotación 11,000 reales por el servicio gratuito de los medicamentos ordinarios por los profesores de villa para la asistencia de los enfermos, pagados por el ayuntamiento en bimestres vencidos. Las solicitudes hasta el 10 de marzo, espresando la facultad en que han hecho sus estudios y pueblos en que hayan ejercido.

—La de *boticario* de Castejon de Monegros, provincia de Huesca; su dotación 7,000 rs. y casa, pagados por el ayuntamiento en setiembre. Las solicitudes hasta el 28 del corriente.

Se desea encontrar un *médico-cirujano* para un partido de la provincia de Valladolid. La dotación consiste en 10,000 reales, de los cuales 1,200 rs. son pagados del presupuesto municipal por asistencia á los pobres, y los 8,800 rs. restantes se cobran por repartimiento vecinal hecho por el alcalde del pueblo. Los aspirantes que deseen adquirir mayores datos pueden acercarse á la calle de Valverde, núm. 42, cto. 5.º, de nueve á once de la mañana.

## SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.

Llamamos la atención de nuestros comprofesores, y escitamos sus sentimientos filantrópicos, á fin de que haciéndose cargo de la deplorable situación en que se halla nuestro compañero D. Joaquín Rodríguez, ciego completamente á consecuencia de una amaurosis, que le imposibilita proporcionarse los medios necesarios de subsistir, contribuyan con lo que esté al alcance de sus fortunas, á fin de remediar algun tanto su deplorable situación. Al efecto queda abierta la suscripción en las oficinas de este periódico, todos los días no feriados, de nueve á una, en el cual se publicarán los nombres de las personas que contribuyan, si así lo estiman conveniente.

Rs. Vn.

La Direccion de EL SIGLO MÉDICO. . . 400

## CORRESPONDENCIA.

Sres. D. M. S. S.; Valladolid.—D. J. J. G. B.; Cebreros.—D. J. N. M.; Huescar, y D. N. P.; Sigüenza.—Con sumo gusto daremos cabida á sus escritos lo más pronto que podamos.

D. A. F. C.—Tembleque.—Aunque no en todo nos hallamos conformes, se insertará la vindicación que nos ha dirigido.

D. P. G.—María.—Manifestaremos nuestro parecer sobre los asuntos á que se refiere.

D. J. S.—Barcelona.—Está muy conforme con nuestras opiniones su escrito sobre aclimatación; pero nos parece cansada ya é inútil esta polémica, puesto que nadie cree que el medio que se combate sea útil para disminuir la mortandad en Cuba.

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1859.—IMPRESA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretil de los Consejos, 3, principal.